

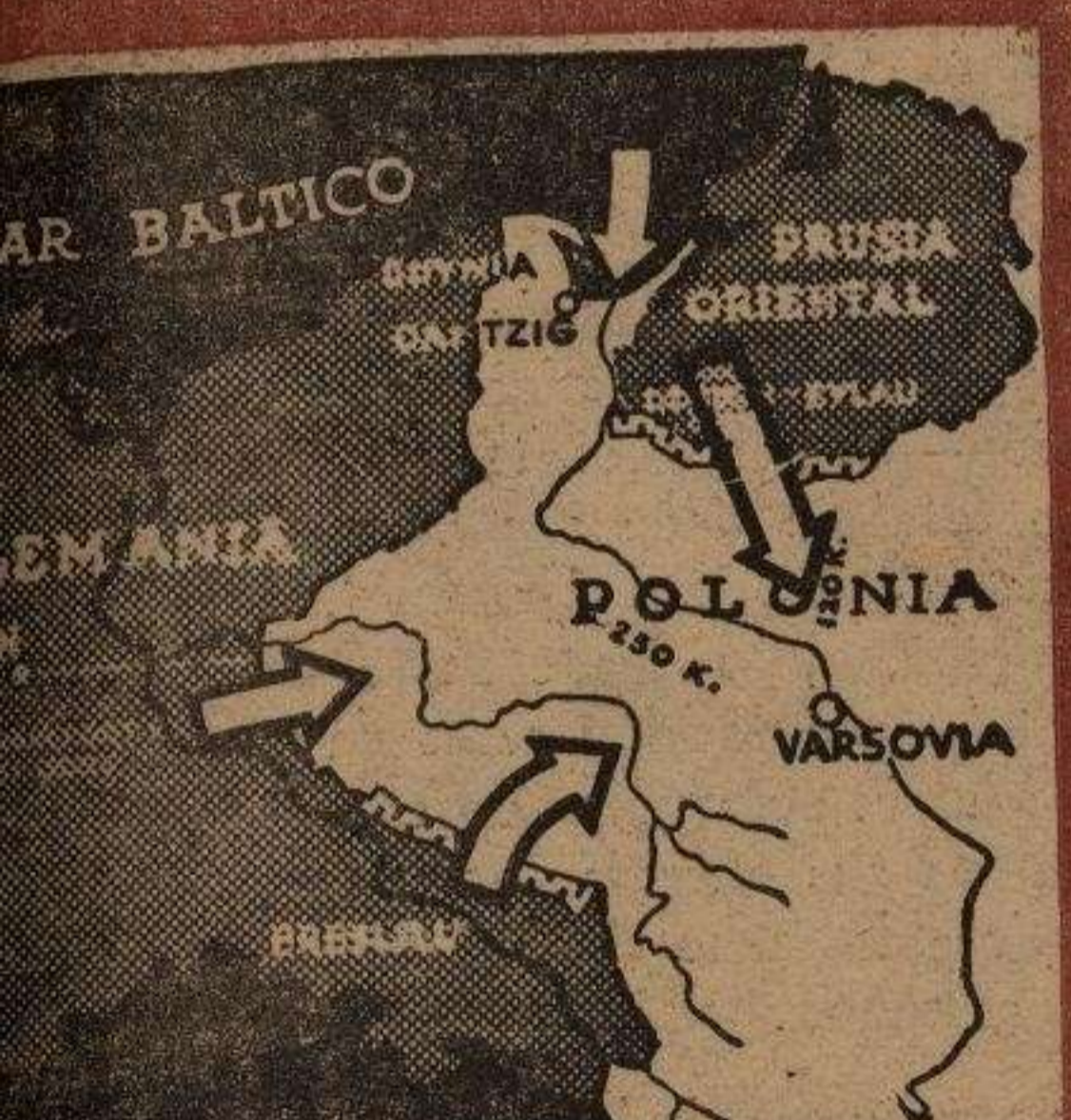
DIARIO

cano de
Prensa
e Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America

Habana 18 de Junio, 1939



EL MARISCAL
Rydz-Śmigły

LA INCOGNITA
POLACA

POTENCIA DEL DISCUTIDO PAIS

LA INCOGNITA DE POLONIA

El Presidente del Consejo polaco, Seladkowski.

El general Gluchowski, Ministro de la Guerra.

Coronel Beck, Ministro del Exterior.

Coronel Ulrich, Ministro de Comunicaciones.

Coronel Poryki, Ministro del Interior.



POTENCIA del DISCUTIDO PAIS

SE habla mucho de Polonia; se sabe bastante poco del extraño país. Pueblo de campesinos ante todo, se transforma en un pueblo de soldados un poco a la antigua. Los polacos tienen, efectivamente, una larga tradición militar en la que abundan las páginas de bravura escritas a través de toda Europa y de todos los tiempos. Y es que las faenas militares se compaginan perfectamente en este pueblo rudo, capaz de soportar las más duras fatigas y penalidades. Caballeros notables o infantes infatigables, un tiempo fueron los polacos considerados como los mejores soldados de Europa.

Particularmente en el orden militar, los polacos están—a despecho de la distancia—muy entrelazados con Francia. La fraternidad de las armas se remonta a tiempos muy lejanos; gracias a ella se mezclan con los nombres de Enrique IV, Francisco I y Napoleón I. De 1797 a 1815, se vió combatir a los polacos en Castiglione, Hoenlinden, Ciudad Real, Austerlitz, Friedland, Arcis-Sur-Aube y otros lugares donde las águilas del Gran Corso se inmortalizaron. El Arco del Triunfo, en París, lleva, grabados, los nombres de numerosos héroes y muchos generales polacos; y guarda los recuerdos de sus sacrificios.

Durante la guerra con los rojos rusos, los polacos demostraron nuevamente que aquellas hazañas no eran solamente trozos de papel. Conseguí da su independencia tras largos años de espera, supieron defender Varsovia, y por último arrojar a los comunistas, infligiéndoles derrotas que guardan memoria los anales de la nueva República.

LA MODERNA POLONIA

Pero, si se conocen sus gestas a través de la historia, y sus escritores y poetas han contado en páginas brillantes su lucha por la libertad y emancipación de su suelo, poco se sabe de la Polonia que amaneció a la vida de los pueblos con el Tratado de Versalles.

Polonia tiene unos 38 millones de habitantes; según estadísticas más recientes, parece que su número alcanza—incluyendo las grandes masas de emigrantes—la cifra de 42 millones. Su territorio comprende unos 389.600 kilómetros cuadrados. Su Ejército, formado por conscripción obligatoria, es en tiempos de paz de 350.000 hombres, cifra que

CERCA DE 42 MILLONES DE HABITANTES ESTAN ENCERRADOS ENTRE PAISES PODEROSOS.—LA CARENCIA DE INDUSTRIA.—PAIS AGRICOLA Y SERVIDUMBRE INDUSTRIAL.—UNA ESCUADRA DE TRES BUQUES.

aumenta hasta 6.000.000 en tiempos de guerra. Como su población está en constante y vertiginoso aumento, ese reclutamiento es susceptible de aumento también. Basta saber que cada clase militar está formada por más de 350.000 hombres. Actualmente su ejército es de 30 divisiones de tres regimientos, o sean: 90 regimientos.

De hecho el jefe de ese ejército es el Inspector General, actualmente el Mariscal Rydz-Smigly, quien en tiempos de guerra asumirá el mando supremo. (Retrato en la portada).

MUY BREVES

HOLLYWOODEANA

—Mira, acabo de leer en un periódico de una actriz de Hollywood que nunca se ha divorciado.

—No es novedad, querida, se llama Shirley Temple. (Silver Screen).

HONESTO

Hablando de su «humor» Will Rogers dijo una vez: «Todo se lo debo al Gobierno; si no fuera por él, yo no sería humorista. El Gobierno hace cosas y yo las relato. Ahí está el chiste. (Enjoyment of Laughter).

OTRA.

El. —Pero ¿por qué pierdes el tiempo con todos esos folletos e itinerarios sobre viajes? Tu sabes que no tenemos dinero para hacerlos.

Ella. —Ya lo sé; pero si tu no puedes pagarlos a lo menos yo puedo planearlos. (Pathfinder).

MATERNAL.

—Es un gran partido hija, tiene tierras, renta, un castillo.

—¿Tienes la fotografía mamá?

—¿De él?

—No, del castillo.

La posición de Polonia—enclavada entre Alemania y la Rusia soviética como países de gran tensión—es delicada. Tiene unas fronteras cuyo total se hace ascender a 5.529 kilómetros de ellos 2.496 con Alemania, que la cerca completamente, tanto desde tierra como desde el agua donde la superioridad germana podría hacer una isla sin comunicación exterior posible. Puestas todas sus energías en tensión, Polonia resistir a lo sumo un par de meses la fuerza superior germana.

Los recursos industriales polacos son escasos. País que nació a la independencia después de la guerra; que estuvo sometido hasta aquella época a la Rusia Zarista, a la Alemania imperial y a Hungría, la industria apenas estaba desarrollada pues aquellos imperios tenían en su territorio las principales fuentes de producción. Esto es decir que Polonia ha tenido que trabajar piedra a piedra, su actual edificio industrial sin dificultades, explicables si se tiene en cuenta que sus vecinos han seguido disfrutando de condiciones ventajosas frente al renacimiento industrial. De ahí también que su aviación no sea nada en comparación con sus efectivos militares en otras armas—. Se calcula en la actualidad que Polonia tiene una potencia de 800 aparatos, pudiéndose decir que para la artillería moderna otro tanto, por lo que la potencia de tener que importarlas del exterior.

Su potencia marítima es absolutamente débil. Hace un año sólo podía contar con tres destructores y algunos guardacostas.

No obstante todas esas dificultades, su política ofrece determinadas ventajas, una de ellas es que se orienta por un grupo de hombres determinados a no admitir demagogias y a guiar el país por manera personal, ofrece cierta cohesión a sus decisiones y garantías para el futuro.



El nombre es Adolfo Hitler; por este nombre me conoce el mundo y no me conoce por ningún otro. Desde las 2 y 13 minutos de la madrugada del 29 de septiembre de 1938, yo he sido el único Adolfo Hitler que ha existido en esta tierra. Así escribe el autor del libro "La Extraña Muerte de Adolfo Hitler" de Macaulay echó a circular en Nueva York el 4 de marzo pasado bajo el título "La Fantasia de Mayerling" o "El Desconocido" que se presume ha de ser un misterioso personaje que hace algunos meses movió la interpretación de la Tragedia de Mayerling afirmando que el Archiduque Rodolfo no murió con la Baronesa Vetsera en el pabellón que había escapado a la Argentina, visitando los Estados Unidos y fallecido de manera natural después del histórico drama. ¿Pruebas? Una gran cantidad de enebredadas coincidencias. Pero ¿por qué probar nada el autor si era él mismo el Archiduque obligado a seguir guardando el dinero en Wall Street en calificación de ciudadano de los Estados Unidos? La historia de «La Extraña Muerte de Adolfo Hitler» casi tan extraña como la que contiene el libro de un amigo de la casa Macaulay tiene un autor francés Michel Simon, empleado en la oficina de la Embajada Francesa en Niza. Un día que llega a Niza entrega un grueso sobre recién llegado de París que venía acompañado por una notilla misiva firmada por Maximiliano Bauer en que se le pide que guardara cuidadosamente el manuscrito que se le había publicado después de su muerte». Agregando en la carta a Michel, que si no recordaba el nombre lo pregunte a su madre, indicando que él es el padre de Michel. El amigo de la casa Macaulay es un alto oficial de la marina mercante que explica que no se pueda divulgar su nombre en el caso de Mayerling la casa Macaulay ha examinado las pruebas que atestiguan que el cuerpo que allí se dice. El legado de Niza consistió de la vida de Bauer.

EL SUPUESTO HOMOEDRO QUE REEMPLAZO A HITLER

El volumen la relata desde el momento que Bauer fué arrestado por la policía de Niza el día antes de que Hitler subiera al poder el 30 de enero de 1938, por la sencilla razón de que creyeron que era Hitler, tanto y tan parecido con el líder. Los alemanes lo publicaron al día siguiente y sorprendidos de su semejanza, le dieron un cargo de traductor agregado a condición de que alguna vez sirviera como intérprete al Fuehrer en los actos públicos. Así sucedió, amablemente para Bauer, hasta que

Hitler fué envenenado en la noche del 28 al 29 de septiembre, horas antes de que se encontrara con Chamberlain, Daladier y Mussolini. Parece, según esta fantástica versión, que Goering, Goebbels, Himmler y Hess, los cuatro grandes detrás de Hitler, convinieron esta vez en que Bauer reemplazara a Hitler y el mundo fuera privado de la noticia del fallecimiento del jefe.

Entre las extrañas peripecias que relata Bauer se cuenta la de que fué él quien mató a tiros al capitán Rohm en la famosa «purga»; lo hizo en una celda donde estaba preso a pesar de que está bien establecido que Rohm fué muerto en la alcoba de su propia casa en Munich.

CINCO LIBROS SOBRE HITLER EN UNA SEMANA

En otra parte Bauer tiene deslices mayores aún como cuando dice «así como yo escribí en Mein Kampf olvidándose de que es Hitler II y no I. Extraña es la muerte de Hitler, extraño el libro y la manera como llegó a manos de los editores, pero más extraño aun es el afán con que se lo lee en Estados Unidos. El observador tendría sobrado fundamento para creer que Hitler es la persona más importante del mundo para los americanos que tanto vociferan en contra de él. En una sola semana se publicaron las dos ediciones de «Mein Kampf» sin expurgar, por encima de las cuales las casas editoras Stackpole y Hitchcock se han estado disparando mutuas acusaciones, apareció este «Extraña Muerte» y Little Brown, Harper y Harcourt Brace editaron respectivamente «Alcanzando a las Estrellas», por Nora Waln, «Me casé con un alemán», por Madeline Kent, y «Por ojos de embajada», por Martha Dodd. La señora Kent es británica; las otras dos americanas. Miss Dodd es hija del que fué Embajador de los Estados Unidos en Berlín.

«SE ACERCA EL FIN DE MI MISION EN ESTE MUNDO», DICE EL FUHRER

Todo lo que se escriba sobre Hitler particularmente si es en contra, tiene editores inmediatos en Estados Unidos hoy día. Los diarios y magazines le rinden además su periódico tributo de diatriba; pero no todo es así. Ocasionalmente se encuentran libros y artículos imparciales y con frecuencia aparecen algunos que son simplemente informativos. Entre estos el más sensacional también fué escrito por Karl Wiegand para la revista «Ken». En el libro ya mencionado se habla de la muerte de Hitler ya pasada el 29 de septiembre; el artículo de «Ken» se ocupa de la próxima; dentro de seis meses, acaso un año o dos. Pero Karl von Wiegand conoció a Hitler hace más de diez años y pasa por ser uno de los mejores reporteros de la época con residencia en Europa en misión de empresas periodísticas americanas. «Sé que no viviré para ser viejo», le dijo Hitler a él personalmente, hace algunos años; ahora, al decir de este periodista, Hitler vive repitiendo a la gente a su alrededor **MEINE ZEIT IST NUN KURZ**

(se acerca el fin de mi misión en este mundo) y urgíendolos, en consecuencia, para que impriman rapidez a las tareas que aún quedan por realizarse.

APREMIADO PARA TERMINAR SU TAREA DE «DESTRUCCION DEL BOLCHEVIQUISMO»

El caso tiene interés para Alemania y el mundo porque una vez que una idea entre en la cabeza de Hitler no sale más. Si él cree que su fin está cercano arreglará las cosas como si efectivamente lo estuviera y esto puede marcar rutas a la historia inmediata de la Europa. Hitler es más que un intuitivo, un frenético de la idea del destino de su raza, de su pueblo, de él mismo. Obra como inspirado; sus decisiones son como las de un oráculo, su acción como la de un sonámbulo que obedece a mandatos divinos. Hay quien cree que esa casa de cristal que se ha construido en Kehlstein, un pico del Hoher Goll está destinada en la mente del Fuehrer a ser su mausoleo. Así se retira ahora cada vez con más frecuencia y más solo a meditar; no pasan de media docena los individuos que han estado allí con él, la mayoría de los miembros de su Gabinete sólo conocen este nido de Aldershot por referencias. Apremiado por lo que cree su próximo destino, en esa casa de cristal que mira a la Alemania y al Austria unidas y desde donde se divisa a Braunau, lugar de su nacimiento, el Fuehrer debe estar trazando sus «tácticas» para la realización del tercero de los puntos fundamentales de su programa: la destrucción del bolcheviquismo. Los otros dos, la liberación de Alemania y la restauración del poder de una Más Grande Alemania unificada, ya están logrados. Hitler está en guerra con el bolcheviquismo y la judería y no quiere que la muerte corte el hilo de sus planes para la victoria aplastante y final.

LA CASA DE CRISTAL EN EL KEHLSTEIN

Selkirk Panton del «Daily Express» de Londres y Ralph Barnes del «Herald Tribune» de Nueva York fueron los primeros en describir el «nido del águila alemana» a 6.000 pies sobre los Alpes bávaros. Wiegand hace también referencia a él aunque induce a creer que la faraónica construcción ha pesado sobre el Tesoro alemán siendo que, al decir de Panton, fué costado íntegramente del peculio particular de Hitler. Todos registran la anécdota referida por un periodista inglés que acompañaba a Hitler en el ascensor, camino de la residencia valquiriana. Preguntó el inglés qué ocurriría si el ascensor se descompusiera y quedara detenido unas dos horas en el corazón de la montaña. «La Historia del mundo se detendría por dos horas», fué la respuesta del Fuehrer. Hitler es un solitario

A 6.000 PIES DE ALTURA. ENTRE NUBES Y LEYENDAS

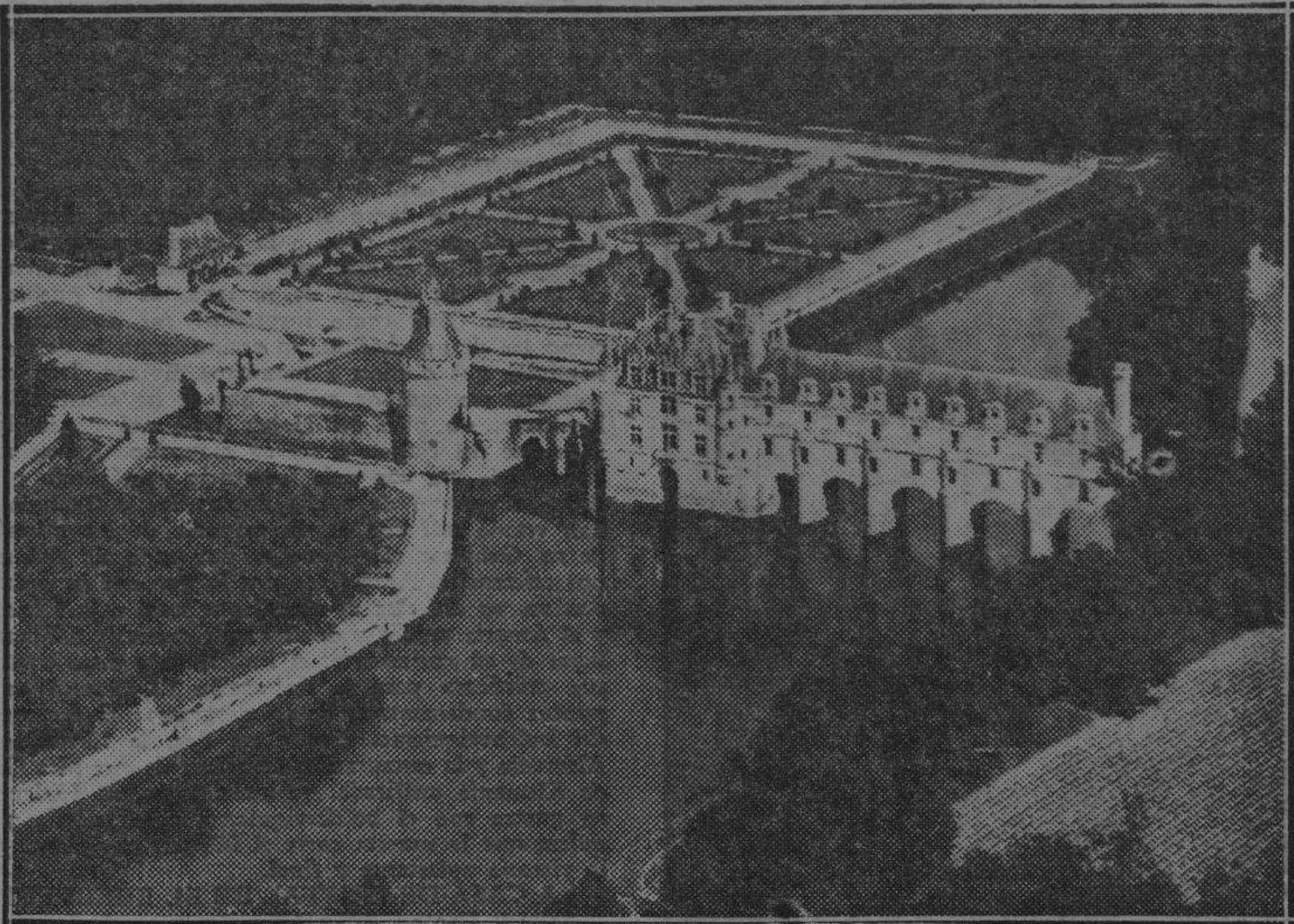
Cuando hizo de Munich el Cuartel General Nazi compró allí cerca la pequeña finca de «Haus Wachenfeld» que ensanchó una vez en el poder hasta convertirla en la que hoy se llama «Berghof», en la cercanía de Berchtesgaden. Como aún allí lo importunaba la devoción de los suyos decidió el año pasado construir la casa de cuentos de las Mil y Una Noches en la cresta de Hoher Goll a doble altura del famoso Obersalzberg y tres mil pies más alto que el Castillo de Neoschwantstein que se hizo construir, a unas 150 millas de allí, el Rey loco Luis II de Baviera. No lejos está la montaña de Urter donde, al decir de la leyenda germánica, yacen Carlomagno y Federico Barbarroja, que murieron con poco más de un siglo de intervalo

DE BERLIN A HOHER GOLL

La «casa de cristal» fué construida secretamente y terminada en los días de Munich el año pasado. Ahora Hitler, cada vez que le urge decidir en trascendencia, se marcha a inspirarse allí cerca de los dioses y lejos de los humanos. Ya no usa el avión y ha prohibido a sus cuatro lugartenientes que abusen de él porque «no se puede correr riesgos personales con gente que tiene una misión mundial que cumplir». En sus dos carros agregados al tren de la Cancillería, sale de Berlín camino de Munich sin perder un instante la comunicación por radio con sus segundos. En Munich lo toma su Mercedes que lo lleva a Salzburg por la nueva «autostada», una ruta también nueva, cavada en la roca, le permite llegar en minutos a Berchtesgaden, donde antes se detenía, pero ahora sigue de largo unas cinco millas más hasta que el automóvil enfrenta a una inmensa puerta de bronce a la base del pico de Kehlstein.

CON EL MUNDO A SUS PIES

Las puertas se abren automáticamente y el Fuehrer entra a un corredor cavado en la montaña con paredes de mármol en bruto que mide unos 130 metros de largo y 20 de ancho; por él se llega al ascensor, todo metálico magníficamente decorado y amueblado, en el cual asciende 400 pies hasta el pabellón, edificado en lo alto y al borde de un mareante precipicio. Tiene vista por los cuatro costados a través de inmensos ventanales, puede acomodar a 18 personas y, cortadas en las rocas, hay varias grutas transformadas en jardines feéricos. Y una vez allí en ese ambiente folklórico y wagneriano los ministerios y cancillerías en Berlín y en todas las capitales empiezan a inquietarse, lo que Hitler resuelve a solas con Dios en esa altura será mañana el dictado



VISTA AREA DEL CASTILLO DE CHENONCEAU.

Los CASTILLOS del LOIRA

Por LOUIS HOURTICO

NO existe un viaje que ofrezca más atractivo que el paseo a través de Turena; la dulzura del clima, la gracia de los sitios, la elegancia y la brillantez de la arquitectura, el recuerdo de la Historia, una atmósfera de bienvenida en donde encontramos la fineza sonriente de la luz, la majestad del río la excelencia de los productos del suelo, el timbre de las voces, la distinción de la raza visible lo mismo en las chozas que en los aristocráticos castillos, en el lirismo del Ronsard o en la enorme risa de Rabelais, todo conspira para ofrecer a esta provincia una belleza y una variedad compleja y una armonía fundida que nos atrae por una persuasión natural. Cuando la Monarquía alejada de París por la invasión inglesa se instaló en el valle del Loira, fué conquistada completamente por la Naturaleza del sitio y se mantuvo en esta región durante más de dos siglos, mucho más tiempo que el que reclamaba las necesidades políticas.

Hubo por último que reinstalar el Gobierno en la Capital histórica. Pero la Turena había sido tan perfectamente dotada por la naturaleza y por el arte, que conserva aun actualmente un atractivo sin igual para todos aquellos que por encima de las distracciones tumultuosas gustan encerrarse en la dulzura de vivir.

El valle del Loira nos parece iluminado por esa primavera de la Historia, que llamamos Renacimiento. Es en Blois que Carlos de Orleans cantó al unísono de la naturaleza, la salida del invierno.

En las miniaturas medievales vemos a los castellanos salir de sus prisiones, para hundirse en la alegría de la Naturaleza resucitada. En los Castillos del Renacimiento el constructor ha sabido acoger a la primavera y unirla a la piedra. Esta arquitectura parece una flor del paisaje de Turena.

Es por medio de la arquitectura que la Francia de aquellos tiempos, supo explicar mejor su alegría. Cada generación posee un modo de expresión; la poesía la música, la caza, el deporte, el teatro, la guerra, la danza... De Carlos VII hasta Enrique IV la Francia feudal al igual que la Monarquía,

ha conocido una gran pasión: la construcción. Esta exuberancia de imaginación, esta explosión incoercible de vitalidad, que cada nación imprime a una actividad propia, fueron los constructores de castillos que lo manifestaron en el reino de Luis XII y de Francisco I. Los castillos adquirían en aquellos tiempos el mismo valor que las catedrales. Se cambiaban en los tratados como ciudades o provincias. Los grandes señores eran arrastrados a la ruina por esta política de manificencia. Philibert Delorme, cuenta que cuando un arquitecto entraba en una familia, los herederos lo miraban con desprecio. La vida mundana se ha transformado para adaptarse a la amplitud y a la riqueza del decorado imaginado por los constructores. Fué en una arquitectura que recordaba mucho al Castillo de Chambord, que Rabelais instaló su abadía de Thélème. Solo multiplicó el número de torres, puesto que en una descripción literaria, ello no cuesta nada. La locura de construcción, el entusiasmo por los castillos de nuevo estilo, se apoderó de la monarquía, de los grandes feudales, de la pequeña nobleza, de la finanza y hasta de los «vilains» cuando estos contaban con medios.

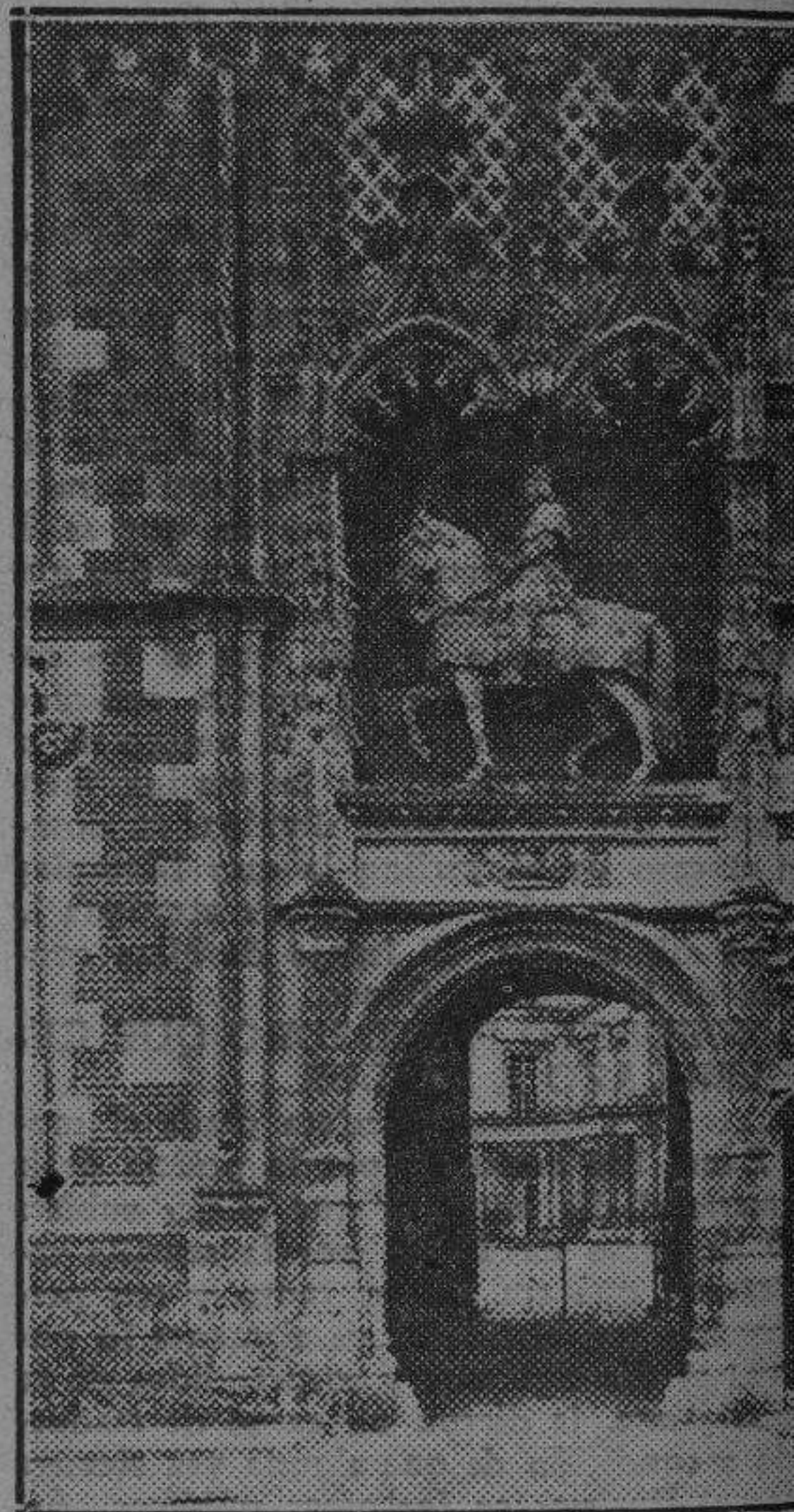
La Historia de esta arquitectura explica la infinita variedad de esos Castillos del Renacimiento Langeais, Ussé, Chaumont, no son solo fortalezas, sino edificios de doble finalidad que encierran un palacio hospitalario, en una envoltura militar. Hacia el exterior, las cortinas y las torres macizas, abiertas de raras ventanas cornadas y ataviadas con altos techos en donde se cuelgan las chimeneas y las buhardas. Apesar de la exuberante alegría de esos tejados, el castillo opone al mundo exterior el poderío macizo de su rampa ciega. En el interior los adornos arquitectónicos forman un contraste entre la hospitalidad guerrera de la rampa y la sonrisa acogedora del gran patio de honor, que acentúa una vez más los dos empleos del castillo: un palacio encerrado en una fortaleza.

En Amboise y en Blois, las más brillantes mansiones de la monarquía y las construcciones más preciosas del Renacimiento nos muestran el acomodo entre los estilos de Francia y las modas italianas. En Blois los cuerpos de un edificio que

han reemplazado sucesivamente las cortinas del recinto medieval, cuenta lo menos dos estilos de arquitectura; Carlos de Orleans, Luis XII y Francisco I. Gastón de Orleans, hermano de Carlos de Orleans, hacen un círculo alrededor de la terraza, la cual admiramos el río. El ala de la derecha nos acoge con la pintoresca sonrisa de sus aleros y de sus piedras tan finamente talladas. Ninguna traza de arquitectura milenaria ni de almenares. La residencia del aspecto burgués y con sus dos fachadas que miran a la ciudad y sobre el patio— aporta a la historia una belleza y hasta un encanto. Estas aparecieron entre 1515 y 1525, triunfantes del reino, cuando las monarquías, tímidas hasta esa época surgieron con una espléndida seguridad. Los talleres de la escultura y por todas partes la sorprendente riqueza del «grotesco» italiano, hizo zozocar aquella otra arquitectura que era tan rígida y se inclinaba a reclinar. La escalera que conduce a lo alto, una rampa visible ocupa una torre central, no sabemos qué podemos admitir como construcción ingeniosa o su decoración.

Sería infinito seguir en su variedad todos esos castillos del Renacimiento. En Blois lo que nos refleja es como una avenida triunfal que todos no se encuentran sobre las costas del río. Nos vemos sorprendidos a verlos cubiertos sobre las orillas de un agua lejana, en medio de boscajes. Castillos como Azay-le-Rideau y Chenonceaux, menos conocidos, encantan quizás más que los de Blois, puesto que encontramos esta estrecha relación entre la alegre arquitectura y la frescura de la naturaleza, la cual es tan sensible el hombre de hoy. Los arroyos reflejan las fachadas preciosas y el césped encuadra en el espejo de las aguas la rosa palidez de la piedra. La habilidad de los constructores seguía a sus fantasías y la piedra era dócil a sus caprichos.

Versalles, el último castillo de la Monarquía, ni cortinas ni es más que un habitáculo transportado al campo y desmedidamente decorado. Mientras que el Renacimiento en Turena el clacisismo nacía en la Isla de Francia. Las provincias pasan pero la arquitectura francesa continúa.



Una de las entradas del Castillo de Blois.

4 DE FEBRERO DE 1894

DEBUTO en Albu el niño violinista Juanito Manen con extraordinario éxito. Un año más tarde, el 95 y ese mismo día 24, se hubiera tenido que suspender la función; y nos habríamos quedado sin conocer a Juanito. ¿Vive aún Juanito Manen, que al presente debe allá los tenga, señal de que vive— cincuenta años, puesto que debutó en la ciudad de Albu el 24 de Febrero de 1894, en el citado teatro precedido de grandes elogios y considerado un genio por la prensa de Madrid, Lisboa, Buenos Aires y Montevideo? ¿Vive, y con razón y justicia, después de haberlo oído, se le puso en los cuernos de la prensa, como decía la crítica musical de la época un «niño gigante» —¡pobres niños gigantes precoces, que con el tiempo la made las veces se van achicando hasta en unos enanos, de los que al fin ya se percata ni se ocupa!, como aquel niño que hablamos por referencias— matemático que a los ocho años resolvía de memoria los más obstruos problemas aritméticos que se le presentaban; que se exhibió con asombro del público en el Gran Teatro de Tacón, allá por los años 76, 77, etc., y que ya, hombre maduro, se dedicó a escribir en un escritorio de «allá abajo», más modesto y adocenado de los tenedores de la época.

era en verdad un caso asombroso. Ya en los «Bohemios» de Sarasate demostró su maestría en la ejecución, lo mismo —decían los entendidos— en el primer tiempo, como en los staccatos, piccicatos y saltillos de que está compuesta la bella producción del genial violinista; arrebatando al público en el andante allegro con que termina la obra. La crítica rompió el parche en el elogio de Manuel del Palacio desafiado con esta obra, que más ramplona, ni una toccata de violinista rascando a las puertas de una

Aquí y en cualquiera parte será tu estrella preclara; que era la estrella más clara del firmamento del arte.

Después Alfredo Misa, el gran astrónomo descubridor de estrellas, nos presentó en la Habana otro fenómeno de precocidad en el músico Pepito Arriola, al que le pagaba por la modesta suma de mil pesos. No recordo si la temporada llegó al allegro final. A Juanito Manen se le vaticinaba que iba a ser el más grande del siglo XX; pero a medida que expiraba el siglo XIX, y corrían los primeros años de su siglo, el eco del violín del niño prodigioso se iba apagando; y se oían cada vez con menor intensidad los arpeggios y piccicatos, cumpliéndose una vez más el triste anatema que rige el destino de los grandes talentos precoces del arte, del que son muy contados como Mozart y la Patti— los que se salvan. Dios que para gozo de los espíritus no la misma suerte esos dos luceros de Hollywood, la graciosísima Juana Witer y Shirley Temple, ese allegro del mundo.

De nuevo, por cierto, se repite el caso con triste frecuencia es en el teatro. A menudo se ven esas compañías infantiles que suelen organizarse para una fiesta especial, y que ya luego quedan profesionales para siempre, actorcitas que hacen presumir un porvenir glorioso —¡ay!— lectores: ¡Qué pesadez! ¡Qué pena insuportable! ¡Qué cosa más fúnebre e insoportable! Casi puede asegurarse que esos «niños» que nos hacen padecer no pocos elencos infantiles, fueron en sus diez y doce años, aplau-

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS
ESTRENOS Y DEBUTS
NOTABLES



didos tenorios; y algunos, hasta Hamlets asombrosos, que el público se comía a ovaciones.

Y es que mientras estos astros prodigios delumbra al mundo con sus fugitivos primeros resplandores, los otros trabajan en la oscuridad, pacientemente; poco a poco; hasta que aparecen un día para iluminar los caminos del arte o de la ciencia, con su foco eterno. Ya lo dijo quien lo probó: «El genio es paciencia».

5 DE JUNIO DE 1922

Payret: A las 8. Debut de la compañía de operetas, zarzuelas y variedades mexicana, de Lupe Rivas Cacho.

Fué una temporada muy concurrida. No puede decirse si antes había en el teatro más o menos moralidad que el presente; pero por lo menos existía «la mallarosa» con que bailarinas y artistas se cubrían las piernas; y ello, por lo menos, «guardaba las formas». Los dilettanti del tiempo viejo vimos con ella aquellos coros y bailes en las zarzuelas, revistas y óperas de Cervantes, Albu, Payret, Tacón, Irijoa y otros pequeños teatros que funcionaban por entonces en la Habana; y bien que se podían apreciar con ella las torneadas piernas de la Rusquilla —el «Lucifer»— la Naivert, las Méndez, Carolina y Amelia; las Corona, Matilde y María, y demás tiples que figuraban en los carteles; y las de Antonia Real, la Pumareta y otras bailarinas del grupo coreográfico de entonces; acaso si se hubiesen mostrado en «masa limpia», no nos hubiesen parecido tan esculturales; porque para eso había las que se llamaban «mallas de armar», gracias a las cuales se atenuaban o desaparecían las imperfecciones de que pudieran adolecer aquellas extremidades.

Su uso era un engorro para las artistas; aparte lo nada higiénico que resultaba; pero la moral no había puesto aún al desnudo las espaldas; ni el cine, en su infancia, los largos besos de la pantalla: cuando todo eso se puso de moda la «malla rosa» ya resultaba ridícula; y fué desapareciendo lentamente, según la resistencia pudorosa de cada pueblo; y el punto de vista de cada cual,

con referencia a la estética. Donde primero se la arrojó en el «tambucho del tiempo viejo», fué, como es de suponer, en París. Primero la malla y después el corpiño, piernas y senos empezaron a exhibirse al aire libre en ballets y revistas; y lo que en la decadencia moral del Segundo Imperio Francés fué tenaz y duramente castigado por la censura teatral, parecía un alarde estético del mejor gusto; lamentándose, si acaso, el tiempo que nuestros ojos habían perdido en gozarlo. Y después de París, New York; en cuya ciudad los alcaldes lucharon a brazo partido con los empresarios, antes de rendirse a la evidencia. Londres el pudibundo llenó un dudoso periodo intermedio, entre New York y París; unos teatros sí, y otros no, aceptaron las nuevas formas, hasta que por fin todos capitularon. Aquí en la Habana introdujo las «piernas al aire», sin pagar derechos de Aduana, quiere decirse, reparos de la censura, el año 22, la citada compañía mexicana de operetas y variedades de Lupe Rivas Cacho, que actuó en el teatro Payret; y después en el suyo de la calle de Consulado, la compañía de Alhambra, con la revista inolvidable «La isla de las cotorras».

MARZO 8 DE 1924

Nacional: Debut de la compañía francesa de revistas «El bataclán», dirigida por Madame Razimzy.

Cuando debutó en este teatro la compañía del Bataclán, ya estábamos civilizados teatralmente. De aquella compañía recordamos a los aplaudidos actores cómicos Ramdall y Vitry; y su coro femenino, verdadera colección de mujeres bellas y bien formadas. Comparando, aquilatando, y seleccionando el «presente» de indicativo, con el «pretérito», más o menos imperfecto, se viene a sacar en consecuencia que la «malla rosa» fué un símbolo. Antes se cubría la forma; hoy todo se muestra al desnudo. Las artistas enseñan sus interioridades; y los hombres públicos no tienen inconveniente en dejar entrever las suyas, más o menos. Entonces todas las piernas femeninas que se movían bajo el fulgor de los reflectores escénicos eran

EXPOSICION del ARTESANADO ESPAÑOL

Apenas apagados los estruendos de guerra, se inician obras de paz



UN ESTAND REPRESENTANDO A CASTILLA.

CUANDO aun no se han apagado los ecos del último combate de la Victoria Nacional, ya está organizando la Nueva España sus labores ingentes para la reconstrucción y la paz. No es sólo la restauración de la vida política armónica y sin lucha de clases ni intereses, conseguida plenamente, ni las grandes obras públicas aprobadas y comenzadas, sino también la organización y el fomento de actividades que si a primera vista pueden parecer de escasa importancia, en cuanto son conocidas a fondo demuestran su alta y valiosa significación.

Y así, acaba de inaugurarse en Santander, bajo la presidencia del ministro de Organización y Acción sindical, señor González Bueno y de la Jefa Nacional de Falange, Pilar Primo de Rivera, la primera Exposición Nacional del Artesanado, con un éxito y una brillantez que reflejan no sólo el acierto de la prepa-

ración sino la importancia que en la España Nacional tiene la Artesanía. En efecto, el artesanado representa en nuestra Patria una tradición varias veces secular y un sentido que por lo familiar y español es puramente cristiano. El Fuero del Trabajo así lo reconocía en su declaración IV, al decir que «El artesanado —herencia viva de un glorioso pasado gremial— será fomentado y eficazmente protegido, por ser proyección

completa de la persona humana en su trabajo y una producción igualmente apartada de la explotación capitalista y del gregarismo marxista». En la vida de su existencia, el artesanado español tiene un positivo valer espiritual, de gran influencia en la colectividad por su número y por el bagaje de tradición. Es la supervivencia de los gremios medievales, tan gloriosos en la historia de la economía política de España.

bellas y perfeccionadas, sin cartilagos salientes ni otras máculas; hasta la voz humana diríase que se cubría de «malla rosa»; la expresión era comedida y sin salirse de los límites del mutuo respeto: hoy se le dicen las verdades del barquero al pinto de la paloma; y las palabras, como las ideas y los procedimientos, y los hechos, son duros, tendientes las más de las veces a la disolución y el odio entre los hombres y los pueblos. El piliticastro que antes se la ceñía para hacer en público sus ejercicios de equilibrios y acrobacia, ahora se presenta desnudo de piernas y pecho, con todos sus «pelos y señales»... La angelical poesía que conocimos con su túnica trenzada de seda, oro y pedrería de los más nobles y levantados ideales, candorosa, sutil, ahora es seca; oscura e incomprensible; desnuda de aquella malla tenue en uqe sus adoradores se complacían en adivinarla y sorprenderla. Desde que cayó la «malla rosa», nos tropezamos, frente a frente con esas rojeces y eczemas del ácido úrico que manchan los cuerpos y las almas, a pesar de las infinitas cremas —hipocresía, traición, interés personal, y aun nacional— que para desvanecerlas y ocultarlas se inventaron. Ahora que se la ve entre la humareda y los gemidos de dolor de la hora presente, ¡qué bonachona y cándida resulta aquella época de la «malla rosa»!

de Teresa Mariani, en Irijoa, el haberse ofrecido al público recientemente en el teatro «Encanto», la película «Zaza», por Claudette Colbert, nos anima, creyéndolo de interés, a hacer mención del reparto escénico de los principales papeles de aquella preciosa comedia, que tanto gustaba al público y que vimos representada distintas veces, ya por la Mariani, ya por Tina di Lorenzo; ya por Mimí Aguglia; ya por Margarita Xirgu, y sobre todo, por Madame Réjane, que la puso en Tación y la estrenó en París, escrita expresamente para ella. He aquí parte del reparto en el estreno de los principales papeles de «Zaza», cuando se puso en Irijoa:

«Zaza» Teresa Mariani
 Totó Srta. Bruno
 Sra. Dufresne Sra. Bertoldo
 Alfredo Dufresne Victorio Zampieri
 Cascart Sr. Masi

Cuando ocupó la compañía de la Mariani el gran Teatro Tación en 1904, y se reprizó «Zaza», el importante rol de Cascart lo desempeñó el aplaudido actor, director de la compañía, Ettore Paladini, ganando bastante el papel con la nueva interpretación. En Irijoa se pagaba a tres pesos la luneta; y el público tan satisfecho. ¡Quantun mutatus ab-illo! Ahora vemos a «Zaza» en lata... por diez centavos; si bien es fuerza confesar que Claudette Colbert en su «Zaza» no desmerece gran cosa de aquellas célebres artistas que hemos citado.

El marxismo, naturalmente, durante los años de dominación en la guerra civil española, intentó la completa supresión de estos valores históricos. Y los gremios, que en realidad murieron abolidos por el igualitarismo y el liberalismo de la Revolución, no fueron ni comprendidos ni respetados por el socialismo, porque éste obra al dictado de la ideología materialista de la historia y de la vida. Los gremios están saturados de vida espiritual y familiar.

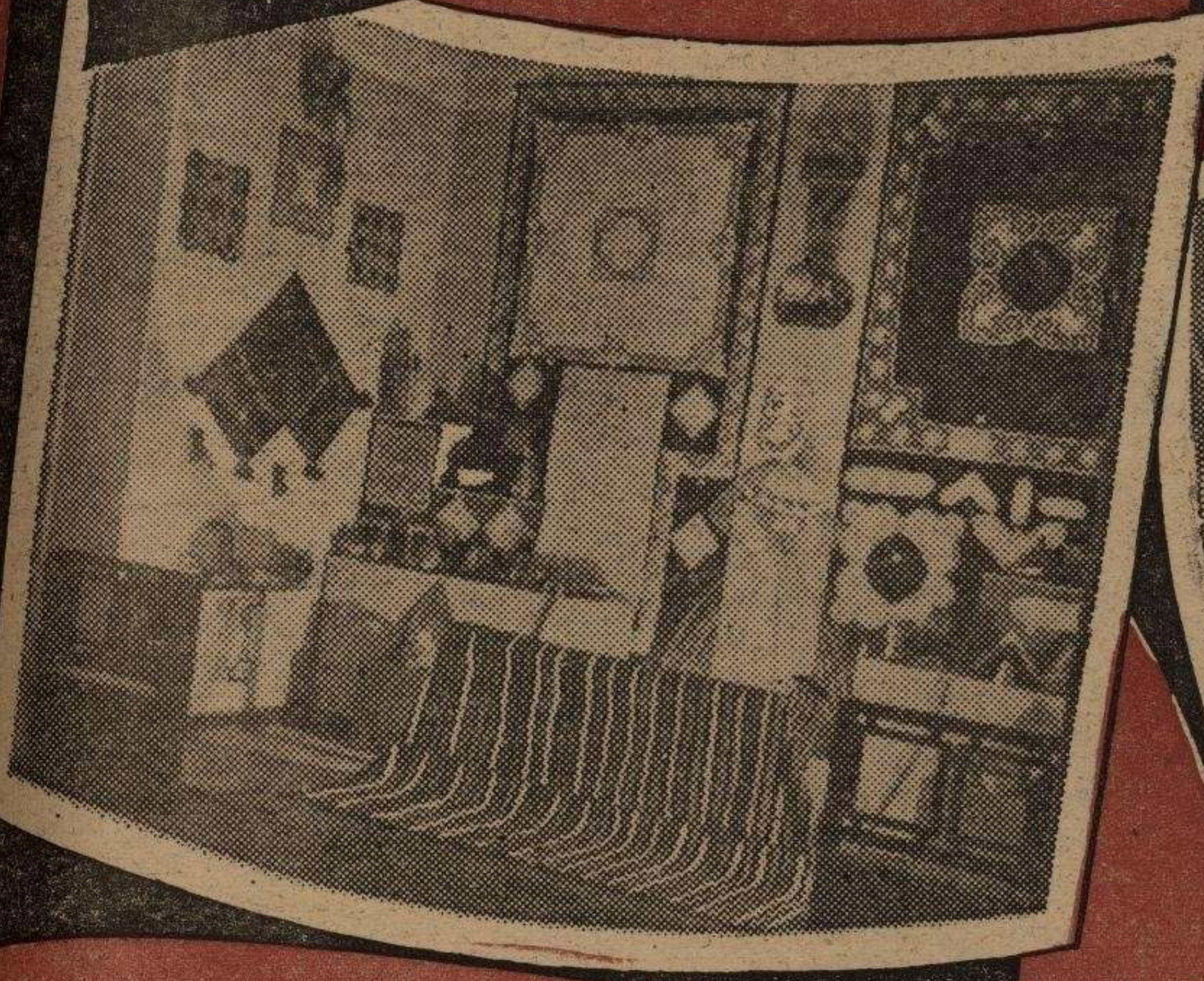
Es lógico que el Nuevo Estado Español, y si fuera preciso resucite el artesanado. En su lugar, porque el actual régimen Nacional-Sindicalista español tiene como un postulado indeclinable de su doctrina la restauración de los principios tradicionales que fueron el origen de la grandeza de España, el soporte de su pasada gloria, y además, porque la vida de la familia, institución natural y base de toda organización cristiana de la sociedad, es fuente de inagotable riqueza de virtudes y de valores.

En Santander, como decimos, acaba de inaugurarse la primera Exposición del Artesanado Español. En ella se pondera a deseos del Generalísimo Franco la organización acertadísima del ministerio y de la Junta de España Tradicionalista de las JONS. Ello demuestra una vez más cómo se realizan las cosas, y cómo en su vigilante atención por el bien de la patria legisla y organiza cuanto pueda redundar en beneficio inmediata y directo de las familias españolas. Para que sirva de recuerdo, el Régimen del Subsidio Familiar hoy en vigencia fecunda y la ley de creación del Instituto Nacional de las Viviendas por citar sólo algunas disposiciones a modo de ejemplo.

La organización del certamen de Santander, celebrado, asimismo, un pleno éxito de orga-

Aunque en postales anteriores citamos ya con su correspondiente comentario el estreno aquí en la Habana de la obra francesa de Berton y Simon, «Zaza», en el debut de la compañía italiana

(CONTINUARA)



ARRIBA: Loza de Talavera. ABAJO: Mayólica y tejidos castellanos.

Trabajos representando a Aragón. ABAJO: La representación de Talavera.

concurrieron a él todas las provincias liberadas hasta fines del año 1938. Las próximas exposiciones, que podrán realizarse ya con la totalidad de las regiones, representarán un índice más elevado por su cuantía de las inagotables riquezas de la Artesanía clásica de nuestro país. Pero ya en esta de Santander se han recogido considerables cantidades de labores, no sólo artísticas y de lujo, como por ejemplo cerámicas de Tañavera, encajes de Lagartera, etc., conocidos del gran público, sino otras clases de trabajos a veces circunscritos por su especialidad a una comarca y de utilidad sumamente práctica.

Se ha logrado reunir un conjunto magnífico de productos, desde los destinados al ornato, hasta los que son meramente útiles: antiguas telas fabricadas en viejos telares; muebles de campo; cestas variadísimas de juncos y cañas; cuchillería, y hasta redes de pesca y cencerros de ganado, para citar labores a las que, en rincones apartados de España, se consagran individuos y familias. Porque a veces no es la obra de un hombre solo. El artesano representa a la casa y al taller familiar, al hogar y a los hijos sus colaboradores. A través del catálogo de labores expuestas en Santander aparece insistentemente ante nuestra conciencia la institución familiar como unidad trabajadora en la

herencia común de su saber y con la destreza clásica de los antiguos trabajadores manuales. Citemos como ejemplo y hasta como tributo a estos valores tradicionales, no ya a artistas de las primorosas cerámicas, o de los tejidos, o de los bordados y las sedas, sino a un artesano de Tordesillas, como Ignacio Martín que aprendió de su padre el arte de la sillería y lo conserva ayudado por su hijo. La familia de Mateo y de Francisco, de Riera de la Vega, dedicada al arte de la cuchillería desde luengos años; Angel Nistal y sus hijos, de Astorga, consagrados todos a las bellas labores de la tapicería; Cesáreo Rivera, de Montehermoso, que con sus hijos fabrica campanas según una tradición familiar del siglo XVI, en el mismo pueblo donde ocho generaciones de la familia Iglesias han hecho vivir la industria de los cencerros y donde el herrero Mateo Rivera trabaja el hierro en una forja que se transmite de padres a hijos desde el siglo XVII; la familia Vivas de Malpartida de Plasencia, que con dos siglos de experiencia trabaja el cuero y su repujado, y Benjamín Fuentes, de Vega de Poja, con su taller campesino a medio funcionar porque el hijo marchó al frente a defender a la Patria... palpita en los ejemplos la lección de la familia tradicional española

con su bella alma cristiana y su laboriosidad honesta y tenaz.

En el discurso de inauguración el Ministro señor González Bueno destacó la importancia que el Estado español da al artesano, porque así como el marxismo tiende a convertir al hombre en un número, nosotros lo concebimos como portador de valores internos y por consiguiente procurando que el trabajo lo realice con el sello de su personalidad. En España precisamente se da el caso de existir muchas y muy variadas actividades de artesano, cuyo fomento el Estado lo acomete con gran rapidez y decisión, teniendo en cuenta naturalmente los dictados de la economía y los de la justicia social, así como también el de la orientación artística de las producciones para que no puedan bastardarse ni por el mercantilismo ni por el decadentismo artístico. El sentido de la unidad de esta obra que será nacional se lo dará el Estado y los esfuerzos dignos de los de las secciones femeninas de Falange. El Ministro anticipó que se procurará establecer en Madrid el Museo Nacional del Artesano, donde se reunirán todas estas manifestaciones y riqueza española, no faltándole ayuda del poder público, porque es mandato del Caudillo la protección y amparo de estos intereses españoles.



Las
CINTAS DOCUMENTALES
EN INGLATERRA
 POR JOAN LITTLEFIELD

UNA NUEVA ESTRELLA INGLESA

La joven y talentosa actriz Jill Furse, que se hace aplaudir en los tabladros de Londres, aparecerá en breve en la película «No hay justicia».

LONDRES, junio de 1939. Ivan Scott, joven que hasta hace seis meses era comentarista de cintas de actualidad británicas, ha dado comienzo a una actividad cinematográfica nueva.

Durante los tres últimos años, Scott y sus amigos se han venido reuniendo semanalmente con el propósito de discutir los problemas del momento. A uno de ellos se le ocurrió que valdría la pena llevar esta discusión a la pantalla, y esto es justamente lo que está haciendo Scott ahora. El nuevo empresario ha rodado ya tres de estas cintas explicativas y documentales, y se propone hacer una por mes. Las películas recuerdan en cierto modo a las norteamericanas tituladas «La marcha del tiempo», pero con la diferencia de que son enteramente imparciales,

La primera de la serie constituye un debate

acerca del problema de si la Gran Bretaña debe producir mayor cantidad de artículos alimenticios. Aparece un mapa que enseña el área que se cultivaba en 1918; hay algunas escenas muy bien hechas donde se recuerdan los hundimientos de buques mercantes ingleses por submarinos alemanes durante la Gran Guerra; se presenta luego a la campaña inglesa y a la escuadra de acción (indicando el punto de vista sostenido por determinados grupos, que creen que si la flota es suficiente fuerte el bloqueo se hace imposible), y finalmente se hace hablar a un agricultor, que expresa la opinión del gremio

La segunda y la tercera cintas tratarán de la cuestión de la distribución de la leche; las otras comentarán la actitud de los ciudadanos demasiado perezosos para ejercitar el derecho al voto, —Aunque nos ocupamos esencialmente de nues-

SE HARA UNA SERIE DE PELICULAS TITULADA «PUNTOS DE VISTA», EN QUE SE EXPONDRAN LOS PROBLEMAS NACIONALES —EL CORREO EMPRENDERA UNA OBRERA IDENTICA

Por JOAN LITTLEFIELD

tros propios problemas —dice Scott— creemos el público extranjero se interesará también en nuestras películas, del mismo modo que se interesa por «La marcha del tiempo». Haremos trece ediciones de «Puntos de vista» este año, y tenemos una lista de 250 temas para el rodaje futuro.

LA VIDA DEL OBRERO INGLÉS

Acabamos de ver tres películas hechas por el servicio cinematográfico del correo británico,

La primera, titulada «Hombres en peligro», trata de los peligros derivados de la maquinaria y de las enfermedades contraídas en el trabajo, y de la forma en que se combate a ambos males, haciendo referencia también a los efectos psicológicos de la tarea rutinaria e invariable. La segunda, denominada «Horas libres» («pare Times»),

La tercera, que lleva por título «Health for Nation» (Salubridad para la nación) es algo mayor envergadura: una cinta que podría compararse con «El río». Tiene un acompañamiento hablado, dicho con muy buen efecto por Ralph Richardson. Comienza presentando algunas escenas rurales de Inglaterra, declamando Richardson un poema de Shakespeare acerca de la «sola de esmeralda engarzada en un mar de plata». Relata luego los comienzos de la revolución industrial, que ocurrió hace poco más de un siglo; muestra los efectos de ésta: la campiña abandonada, los caballos buscando alimento en los montones de desperdicios, la aparición de los sórdidos suburbios, niños sucios jugando en las estrechas callejuelas, epidemia infectada, enfermedades y muerte. Después, ve como gradualmente, en el curso de los últimos años, han hecho su aparición los distintos servicios sanitarios, lo que hacen y lo que todavía les falta hacer.

El correo está haciendo, además, una cinta que se describe la televisión en Inglaterra, dedicada principalmente a exhibirse en Estados Unidos.

CINTAS EN PREPARACION

El empresario anglohúngaro, Alexander Korda, está tratando de persuadir al actor Laurence Olivier a que regrese a Inglaterra (abandonando a Hollywood, para interpretar con Merle Oberon la película «Manon Lescaut».

Diana Wynyard, que no ha hecho ninguna película desde que salió de Hollywood hace cinco años después de su gran triunfo en «Cabalgata», «Reunión en Viena», vuelve este mes a la pantalla. Participa, con Ralph Richardson, en «The Night of the Fire» (La noche del incendio),

Cuando se llevó a las tablas, hace algún tiempo la comedia de Robert Morley titulada «Goodbye, Mr. Chips!» (Dios mío, que cosa triste!) una joven actriz llamada Jill Furse fué recibida con un aplauso al interpretar su papel de artista teatral que se enamora de un «astro» del cine. Su habilidad de intérprete, unida al fresco vigor de su personalidad, la dieron gran realce en su labor. En la actualidad se está desempeñando a gran altura en la versión inglesa de «Asmodee», de Mauriac. También a su cargo un papel pequeño en la cinta «A Mr. Chips!», y dentro de poco la veremos en el papel de «estrella» en la película de Michael Balcan titulada, «There Aint-t No Justice» (No hay justicia).

ESTRELLA QUE YA TRIUNFO EN
TEAMERICA. — ES LA UNICA ESPA-
A QUE TIENE CARTA DE NATURA-
EN EL CINEMATOGRAFO INTER-
ONAL. — EL FILM QUE TODAVIA
TERMINADO SE TITULA «EL ORO
CRISTOBAL». — SE PROPONE PRO-
POR SI MISMA, SIN NINGUN PA
Y QUE INTERPRETE SU CREACION
MICHELE MORGAN.

PARIS, junio... Etoile. A dos pasos, el Hotel Napoleón Bonaparte. Un hotel concebido en su exterior con afanes y resultados de moderna grandiosidad. Con riqueza un tanto recargada, como la de un gran film americano. En sus salones, un lienzo, cuadro al óleo, del Emperador cuando en triunfo los campos de Europa al eco de las primeras batallas ganadas. Un Napoleón joven — ¿por qué no? — cinematográfico. La opulencia en todas partes, por todos los rincones del hall, el restaurant, en el bar reducido e íntimo, adornado con sillas de todas las formas y colores de todas las naciones existentes. En las altas banquetas del bar, frente al elevado escenario, Conchita Montenegro, el director Reiner y yo escribimos estas impresiones... Reiner ha hecho muchos films en los que Conchita era la «estrella». Ahora está ahora vestida de sport, y con el pelo de rubio. Habla el francés para que el director comprenda. Cada vez que ella se dirige a mí lo hace en español. Es el primer impulso de la «estrella» que imita con toda naturalidad sus papeles en tres idiomas: el francés, el inglés, y como es león suyo, el español. Me gusta de andar teñida de rubio — afirma con su peculiar, agudo e inteligente, un poco zumbón, y su característica de finura, al de los madrileños — me hace gracia a mí misma. Pero exige el film que ahora hago, donde soy una catalana.

Se titula el film?
«El oro del Cristóbal».

Ah, ya; aquella historia!
Adaptada a la conveniencia de la cámara y el montaje. Aquí se representa la travesía del famoso barco «Cristóbal». Yo convengo a un enamorado mio que se asalte el buque para que me entregue su amor. El drama se desarrolla a bordo.

Con usted, la protagonista, ¿qué otros actores cinematográficos en la película?
De mujeres, Dita Parlo; y de hombres, Albert Brasseur y Vanel, el célebre actor de carácter.

Producción francesa?
Completamente.

¿Y el director?
Becker.

Este es el film que aun no ha terminado usted; acaba de concluir otro, ¿no es cierto?
Sí, «El Danubio Azul». El mismo que se hizo en catalán que ahora es hablado. Hago de gitana.

LOS PROYECTOS

¿Proyectos?
En el cine éstos se quedan para los productores. Tanto a las actrices debemos de atenernos a las realidades, bien que estas tengan, antes, la expresión de las condiciones y contratos. Ahora, como usted sabe, lo que lo ha anunciado en la prensa americana. La noticia ha circulado así en América con relación a Europa, se prepara un gran film de tema histórico: la evocación de Cristóbal Colón y de la magna aventura. Me han hecho indicaciones. Desearían alzar mi actuación en la película. En ella hay dos papeles para mujer; el de la reina Isabel la Católica y el de una joven — personaje inventado, pero muy interesante, que sostiene la trama — que embarca y viaja en una de las carabelas. Pues bien, yo de ningún modo aceptaré trabajar en esta realización cinematográfica si no hago de reina Católica.

¿Cómo?... ¿No es el otro un papel igual de



Conchita Montenegro en los estudios de Francia

UN REPORTAJE EXCLUSIVO
por Manuel Pérez Ferrero

importante, por lo menos?... ¿No es por lo tanto, ese, un film para dos vedettes?

—Exactamente. Y acaso el cometido que no deseo, ni aceptaré desempeñar, es aún más importante. Pero lo que ocurre es lo siguiente: Siempre, hasta el día, se me ha hecho trabajar como «mujer fatal», o como damita ingenua o profunda, o sentimental. Y yo deseo ahora un papel de mujer serena, lleno de matices de equilibrio, tales como los que adornaban el espíritu de la impar mujer. Vestida daré, no cabe duda, el tipo, con mis cabellos devueltos a su color natural, moreno, quiero demostrar que es necesario que prevalezca, en esto, el sistema americano; o sea que cuando una actriz lo es de veras tiene que caracterizarse, que adoptar el «tipo» que estudia y asimilarlo. Aquí, en Europa, y en Francia sobre todo, hay la costumbre de que un actor, hombre o mujer, aparezca siempre el mismo, casi sin caracterización. Y yo creo, sin criticar esta actitud o convicción de los directores, que la película hay que hacerla para interpretar los personajes y no que los actores, especialmente los no de carácter, aparezcan tales y como son en la calle, poco más o me

nos. No, no: los héroes hay que crearlos, es menester, en lugar de hacer escenarios para tal determinada «estrella» o para tal preconcebido galán. Ahí está la explicación de por qué me obstino en hacer de reina. Estoy un tanto cansada de los papeles que me dan y que, según parece domino, y son otros los que busco.

PREDILECCIONES

—¿Quiere que hablemos de sus colegas del mundo?
—Le tengo horror a eso.
Insisto:
—¿Le da reparo emitir opiniones?
—¡Oh! Eso no.
Logro al fin que acceda.
—¿Qué actriz tiene su preferencia sobre todas?
—Bette Davis. Ahí se ofrece una prueba de lo que decía antes. Una mujer capaz de interpretarlo todo. Porque es una gran actriz.
—¿Y de las francesas?
—Michele Morgan.
Hay una pausa. El director Reiner ha fumado, ha apurado su coñac y no ha despegado los labios. Es

un director que no ha producido, hasta el día un gran número de films, pero, en cambio, se le reputa como un conocedor de la técnica. No se ha aventurado a decir nada por su cuenta, o sea a intervenir con frase alguna. Se muestra cauto. Por lo visto cuida de no comprometerse.

Me dirijo a él y le planteo:

—¿Estima que el cine en Europa se reorganiza?

—Creo —dice lentamente— que el cine francés especialmente, no es que se reorganice, sino que se reorganiza y está dando mejores pruebas de su capacidad que nunca.

—¿Cuáles cree que son los mejores directores?

El director Reiner hace un movimiento de sorpresa. Va decir algo, mas se detiene. Indudablemente no desea que sus apreciaciones se comenten entre su gremio.

Interrumpe con decisión Conchita Montenegro:

—Renoir y Duvivier. Están haciendo cosas admirables... Y mire usted—añade—en cuanto al auge del cine francés, pese a las circunstancias de angustia por las que Europa, y, naturalmente, Francia, atraviesa, lo afirman por ejemplo dos películas insuperables a mi juicio: «La gran ilusión» y «Pepe le Moko». Una y otra, cada cual en su sentido, constituyen dos modelos. Estimo que no se podía haber hecho más. En cambio ya ve—continúa—lo que se realiza con grandes pretensiones me da ya más miedo. Esto me ha sucedido con «Entente cordiale». Es un film histórico. Epoca victoriana británica. Con Victoria ya vieja —bien interpretada, por supuesto, por Gaby Morlay—, con Clemenceau «el tigre» joven; con tanto personaje histórico... Y, sin embargo, no lo reputo un buen film. Es más me parece un fracaso palmario, a pesar de la enorme propaganda que se está haciendo de él estos días; a pesar de exhibirse, en primera salida, en el Marignan ante los ojos del público más opulento, más cosmopolita y más aficionado a los espectáculos que pueda haber en el mundo... No, no es una buena producción.

—¿Qué excelencia le encuentra al cine francés?

—Al cine francés, que para mí está, por ejemplo, representado por cintas como las que antes le cité. «La gran ilusión», etc., le encuentro la superioridad de su inteligencia, de su talento; de saber desenvolverse

con muchos menos medios que en América. Yo creo que en cuanto a una realización francesa le sobren medios—elementos—y dinero, entonces se halla más cerca del fracaso que del éxito. Ocorre así lo contrario que en América. En suma, creo que lo positivo, lo extraordinario del cine francés, lo da un factor, que está fuera del cine mismo, porque rebasa sus límites, pero que se halla formando alma y cuerpo de la vida francesa: esto es, la civilización suprema de este país, su supercivilización.

—Y por el contrario, ¿qué defectos le halla?

—Pues unos defectos que se derivan, ¿si se me permite la paradoja? de esas excelencias—o excelencia—que acabo de alabar tanto. Por supercivilización se llega a lo decadente, a lo falto de fuerza por excesivamente complicado, a lo blando, en definitiva, a lo relajado: «Noix de coco» es una muestra evidente. Buena película, para muchos incluso excelente, para varios: yo la rechazo de lleno. Además refleja un peligro que el cine francés tiene que evitar y con el que debe luchar a cada hora. Por el momento el cine es algo universal y debe en cierto modo, serlo siempre, pues no cabe duda de que es un medio de intercambio de esencias espirituales y hasta de culturas. Bueno, pues el cine francés es una cosa que cada vez se está circunscribiendo más a Francia. Tanto que se comprende que haya muchos productores que no interesen fuera. Y esto está mal. Estimo que no queda otro remedio que reaccionar en este aspecto primordialísimo.

—¿Cuáles son sus actores franceses preferidos? Ellos, por supuesto.

Conchita Montenegro se queda en suspenso. Se pone seria y sonriente alternativamente. Como si la pregunta fuera extraordinaria e inesperada.

—¿De «ellos» dice?

—Sí.

—Pues verá! es tan difícil! Reputo el mejor a Gabin: en algunos papeles, magnífico. Pero completo; lo que se dice completo... Mire, así como a ellas no he dudado en proclamar nombres (se puede dar hasta media docena) respecto a «ellos» la cosa varía. ¿Quién podrá compararse con un Gary Cooper? ¿Con un Frederich March?... Para mí, no con un Robert Taylor, porque lo detesto. Con los dos primeros, no creo que se pueda resistir la comparación.

—Crítica dura, exigente—digo a Conchita Monte-

—Sincera. Ya digo que Gabin me parece... do en muchas de sus interpretaciones. Y en esas pretaciones, puedo aún decir, insustituible por americano.

—¿Qué le parece, por ejemplo, Boyer?

—Que tiene un labio demasiado saliente y nudo un gesto excesivamente fatal para hombre.

UN RUMOR QUE SE CONFIRMA

Hemos agotado una caja de cigarrillos; ha pasado unas cuantas pequeñas copas de licor y ha ido vaciando. Hasta el director Reiner ha creído la hora de marcharse. Así, Conchita Montenegro y yo hemos ido sintiendo, sin duda, que una fiera más propicia a lo confidencial, nos rodeaba; tenía yo deseos de hacerla a la «vedette» y preguntaba que la presencia de ajenos retenía en mí desde el comienzo de nuestra conversación; de que había algo de verdad de un rumor muy extendido estos días.

—Vamos a ver... la verdad.

—¿Ocurre algo? —dice Conchita Montenegro un aire de broma.

—La verdad sobre este rumor que circula es que quiere usted convertirse, de «vedette» a productora... como esos grandes magnates de Hollywood o como estos otros poderosos de aquí.

Conchita Montenegro se ha puesto seria.

—Pues sí; es absolutamente verdad. Y, si yo diré que estoy en buen camino para ello y que, tanto, puede ser un hecho dentro de poco tiempo siento una gran ambición por producir. No de dirigirlo, ni de representarlo, sino de producirlo. Quiero tomar del cinematógrafo todo lo bueno, lo magnífico que tiene, y dejar naturalmente, sus defectos, que si es justo, son menores.

—¿Y ya tiene usted una idea determinada?

—Tengo más que la idea y estoy ultimando detalles de orden económico que son de primera importancia para un productor?

—¿Ha pensado ya, quien deberá dirigir «film» de su producción?

—He pensado en algunos directores, pero terminado ninguno. No he elegido.

—¿La actriz?

—Esa sí. Contrataré, si acepta, a Michèle. Mi film le irá admirablemente. Será la historia de una aventura, o el momento si usted quiere, de un temperamental. Una atmósfera de amor y de romanticismo... y, a ser posible de época.

—¿De época?

—Aunque aún no lo he decidido de modo definitivo, preferiré que la película sea de época, moda de los films en ambientes del pasado, no depende, sino por «el modo» de mi misma producción.

—¿El galán?

—Tampoco está elegido aun.

—¿Escenista? ¿Argumento?

—También me permitiré el lujo de la producción.

—Ni más ni menos que como los grandes actores.

—Ni más ni menos—repite sonriendo Conchita Montenegro. —Ahora están trabajando para algunos famosos escenaristas de Francia. Veremos el resultado.

—¿Y usted? Se afirma que no tomará parte en su propia producción.

—¿Pero, hombre, qué voy a tomar! Yo ya he tomado el film, ya es bastante.

Habla con un gesto burlón—esa reminiscencia de pilluelo madrileño, de esta mujer atenta—Conchita Montenegro, pero no desmienta la realidad, muy próximas, de estar ella suya en marcha.

Y nos despedimos hasta pronto.

Estas han sido las palabras y estas son las acciones de Conchita Montenegro la gran vedette que, en la época de Hollywood, ha venido a ocupar en el pujante y sugestivo cine de Francia uno de los primeros planos. El gran plano que merece.

Cartilla Histórica de la Salud
 Por FISHER BROWN y NAT FALK
COPYRIGHT 1939 - HEALTH NEWS SERVICE, INC.

1. ¿QUIÉN FUE BENJAMIN JESTY?

2. ¿EN QUÉ CONSISTE LA PRUEBA DE LA TUBERCULINA?

3. ¿QUÉ ES UN DEPRESOR DE LENGUA?

1.—Fué el primer hombre que usó materia de animales enfermos para proteger a los seres humanos contra la viruela. En 1774, de ese modo, vacunó a su mujer y a sus dos hijos. Era un agricultor de Dorsetshire.

2.—En inyectar una pequeña cantidad de un extracto llamado tuberculina en la piel. Después, por la apariencia de la piel alrededor de la inyección, el doctor puede decir si los gérmenes de la tuberculosis habían entrado antes en el cuerpo.

3.—Un objeto que se usa para oprimir la lengua cuando se está examinando la garganta. Cuando la lengua baja, la úvula se levanta y el médico puede ver mejor la garganta.



PIO XII HACE SU PRIMERA APARICION FUERA DEL VATICANO
 haciendo su primera salida del Vaticano desde su coronación, el Papa Pío XII es llevado en procesión desde la iglesia de San Pedro, a través de la gran plaza, a tomar posesión de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma.

EL PAPA de la PAZ

BUSCA UN ENTENDIMIENTO ENTRE LOS HOMBRES

EL Papa de la Paz. Tal es el nombre que se le viene dando a Pío XII, a pesar de que ascendió al trono de San Pedro en unos momentos en que se vivía en el temor de una nueva guerra. ¿Pero podrá el Papa de la Paz escapar de la tragedia que presenciaron los reinados apostólicos de Pío X y de Benedicto XV? ¿Podrá la habilidad de la Iglesia Romana, regida ahora por uno de sus diplomáticos más competentes y sutiles, superar el resentimiento y las diferencias de los hombres hacia una paz de justicia que sería la única durable?

No ha mucho se habló de las gestiones que hacía el Papa acerca de las cancillerías europeas. Fué poco tiempo de que el Presidente Roosevelt encendiera la ira de Hitler con el despacho cablegráfico que trajo como consecuencia el discurso del «Fuehrer» ante el Reichstag. Entonces el «Observatore Romano», órgano periodístico del Vaticano, expresó tan discreta como sutilmente la opinión de que el mensaje del presidente norteamericano había sido inoportuno. Hasta donde habían llegado las gestiones pacifistas del Papa de la Paz en los momentos en que intervino Roosevelt, es algo que se desconoce ahora.

Los alemanes no deben haber olvidado sus experiencias con Eugenio Pacelli, Arzobispo de Sardiña enviado a Baviera en el verano de 1917 como Nuncio Apostólico. El cardenal Gasparri, secretario de Estado del Papa que había de lograr para la Iglesia años después el pacto de Letrán, dijo entonces del actual Papa:

«Para mí, el viaje de Pacelli viene a ser como si me hubieran cortado el brazo derecho».

Sabía el Papa Benedicto XV que para no poner en peligro durante la época de la guerra las buenas relaciones de la Iglesia con Baviera, había de encargarse de la nunciatura a un hombre de gran habilidad. Y de ahí que escogiera a Pacelli para enviarle un mensaje al Kaiser en el que le ofrecía todo un plan para llegar a una paz justa.

Guillermo II, aunque sostuvo una conferencia de dos horas con Pacelli y luego lo invitó a almorzar, no aceptó el plan del Papa respecto a la paz. Era en los momentos en que el frente ruso se había desmoronado con la revolución bolchevique y los alemanes se hacían grandes ilusiones sobre la posibilidad de una victoria definitiva sobre los aliados. Pacelli no solamente les advirtió que era el momento oportuno para llegar a una paz basada en la justicia, sino que les anticipó que, de prolongarse la guerra, Alemania la perdería al final. No cabe duda, pues, de que el Papa de la Paz demostró en aquella ocasión sus grandes condiciones de estadista.

De Gasparri se dijo cuando zanjó con Mussolini la vieja cuestión romana, que tenía estatura de gran estadista y tacto de fino diplomático. Los periódicos que lo habían combatido con dureza tuvieron que reconocer que el cardenal era algo más que «un distribuidor de agua bendita». Lo que no dijeron, tal vez porque era cosa sabida, fué la parte que «el brazo derecho» de Gasparri tuvo en aquel triunfo de la Iglesia.

Gracias al tratado de Letrán, al Papa Pío XII le ha sido ahora posible reanudar la vieja tradición de visitar la iglesia de San Juan, una ceremonia que no realizaba la Iglesia Católica desde hacía noventa años. El día 18 de mayo pasado, en su calidad de obispo de Roma, el Papa de la Paz—primero que ocupara el trono de San Pedro en la moderna Italia, sin tener que considerarse un «prisionero del Vaticano»—tomó posesión de la mencionada iglesia en una ceremonia de pompa medioeval que no habían presenciado los romanos de las modernas generaciones.

A través de toda su carrera el nuevo Papa ha puesto de manifiesto una gran firmeza—cuando ella se hacía necesaria—y un gran tacto, éste en toda su extensión. Probablemente los trece años que Pacelli pasó en Alemania, como nuncio en Munich y en Berlín, fueron los más fructíferos de su vida de diplomático. Ellos le sirvieron de excelente preparación para cuando, a la muerte del cardenal Gasparri, Pío XI lo designó Secretario de Estado.

Al Papa de la Paz debió la Iglesia la autorización para establecer la nunciatura en Berlín, creando así un contacto general con el Reich. Fué un gran triunfo para Pacelli, que tuvo que hacer frente a una empresa difícil y delicada dado los elementos religiosos que se le oponían.

Nada tiene, pues, de particular, que sus gestiones imparciales en beneficio de la paz, tengan al cabo el éxito que desean por igual los católicos y los que no lo son. Mientras tanto, y como ciudadano prudente, el Papa de la Paz ha venido preparando sus dominios del Vaticano para hacerle frente a la guerra aérea, en el caso de que estallen las hostilidades. La gran torre del Papa Nicolás V—1447-1455—ha sido acondicionada con reductos inexpugnables, hasta los que no podrá llegar la destrucción de la metralla.



EL PAPA BENDICE A LOS CATOLICOS DESDE UN LUGAR TRADICIONAL

El Papa Pío XII extiende los brazos tras de haber dado la bendición apostólica a la concurrencia al reanudar la vieja tradición de visitar la iglesia de San Juan de Letrán, uno de los lugares más sagrados del catolicismo.



TENIENDO en cuenta la admiración, más aún, el transporte con que las damas del Club Brintmore seguían las conferencias de Keith Baldwin, se hacía más notable la frialdad retratada en el rostro de la joven rubia sentada en primera fila.

No era la suya indiferencia o aburrimiento; por el contrario, escuchaba atentamente al joven que ocupaba la tribuna, conferencista impecable en su vestimenta y actitud, pero era la suya una expresión de fiscal acusador escuchando la relación hecha por un testigo sospechoso de sus andanzas la noche del crimen, sin creer de la historia una sola palabra. Keith Baldwin no pudo menos de notar a la joven; estaba demasiado cerca y era demasiado bonita para pasar inadvertida—una esbelta «vikings» muy blanca, de cabellos de un rubio ceniciento y ojos de un azul tan intenso como los fjords de Noruega.

Sentada allí, en el distinguido salón del Club Brintmore, observaba críticamente al eminente *globe-trotter* y autor de famosos libros descriptivos de sus viajes alrededor del mundo. La joven y su mirada fría amenazaron privar de su serenidad al feliz autor de «Senderos de Aventura», libro acogido con entusiasmo por la crítica y comentado por el mismo autor en sucesivas conferencias que obtenían el más franco de los éxitos.

La joven era perturbadora... Contra los ventanales del salón de conferencias golpeaba el viento helado de ese día de invierno tratando en vano de penetrar, pero mientras Keith Baldwin era impotente contra la temperatura exterior, confiaba en su elocuencia para deshelar el interés de la joven sentada en primera fila.

Había en ella algo de flexible, atlético, fresco, que invitaba a pensar en los campos nevados, por eso inició su ataque llevando a «Senderos de Aventura» a través de Europa, para descansar en los deportes de invierno de St. Moritz y Grindelwald.

—Ellos siguen los senderos de aventuras... —dijo elocuentemente, su mano extendida en gesto profético hacia el absorto auditorio—; esas personas que llegan a St. Moritz, Grindelwald, Chamonix y Davos, ansiosas de medir sus fuerzas en torneos con la naturaleza, sobre la blancura ennegadora de la nieve, rodeadas de las montañas grises que extendiendo sus níveos picos pretenden llegar al cielo para robarle un poco de su azul... La magnificencia de esas nieves eternas es la magia que atrae a los que aman el aguijón del viento, el elixir de la velocidad, el regocijo inigualado de volar en alados skis fuera de la sombra proyectada por los picos majestuosos...»

Había acertado. La joven rubia lo miraba un poco tensa, más interesada... Keith se felicitó a sí mismo; estaba bien, muy bien su peroración si se tenía en cuenta que él conocía de los deportes de invierno sólo la teoría. Pero con la imaginación bajó varias cuestiones en alados skis, por entre picos y a través de las sombras, y cuando los aplausos apagaron sus últimas palabras tuvo la íntima convicción de haber salvado el día.

—Si desean las señoras formular alguna pregunta—dijo sonriendo—será para mí un placer el contestarla.

Una gruesa dama de la octava fila inmediatamente quiso saber si el monasterio de San Francisco era inaccesible.

—No es inaccesible—aseguró Keith. —Pero su as-

censión requiere fe en su guía, en la cuerda que la tiene y en la sonrisa de la Providencia... De no hallar alguna de esas tres cosas, todo es posible...

Después que la dama hubo agradecido la respuesta la joven rubia elevó su voz musical.

—Habló usted de St. Moritz... ¿Sabe algo de ski?

Si lo que ella quería saber era si poseía alguna habilidad en el deporte debía contestar un rotundo «no»; los skis no eran santos de su devoción. Pero, mirando a la joven, se perdió en consideraciones sobre su extraordinaria belleza y por respuesta sacó varias veces la cabeza, desgraciadamente en sentido negativo.

—Entonces... ¿tiene inconveniente en decirme si es posible practicar un movimiento «telemark» sobre nieve endurecida?

¿Un movimiento «telemark»? ¿Qué diablos es eso? Keith despertó asustado a la realidad. Se le permitió el lujo de divagar literariamente acerca de cosas que no entendía y aquí estaba el resultado: una chica esperaba la respuesta, todos los ojos estaban en él... Keith carraspeó fuerte. —Un movimiento «telemark» es factible—anunció al fin.

—Extraño... Siempre creía una «Christiania» que era lo más apropiado para ese caso... —Los ojos brillaban irónicos y divertidos. —Gracias de todos.

Los pensamientos de la joven rubia completaban su mirada. ¡Era como ella lo imaginara! Keith Baldwin no hubiera sabido diferenciar un ski de un poste de telegrafo. Sabía hablar, eso era todo, y utilizaba sus dotes de oratoria e indurable encanto físico para

una producción literaria... Si había ascendido al monasterio de San Francisco lo había hecho sin duda con tres guías enfrente, otros tres a su espalda y otros tres sosteniendo una red como la que en los circos utilizan los trapezistas... Senderos de aventura... ¡Bah! Ella había sospechado desde un principio que se trataba de un charlatán... Estaba indignada ante su triunfo, el entusiasmo con que el club entero lo acogiera, la ansiedad por oír sus conferencias.

Keith se retiró a la habitación designada para él en las dependencias del club después de autografiar treinta y ocho ejemplares de «Senderos de aventura», beber cuatro tazas de té y ser presentado a todas las damas del auditorio—excepto a aquella hermosa joven rubia de la primera fila... ¡La única entre todas que desea-

JER

ba conocer! ¡El movimiento de «telemark! —¡Maldición!—se dijo Keith con una mueca. —Bien... ¿Y qué era eso? Evidentemente su respuesta a la joven no fué acertada. Todavía le parecía estar viendo la mirada de ella, irónica, divertida... —¡Maldición!—repitió el famoso «globe-trotter».

Alguien llamó a la puerta.
—Adelante...

EVE

Un hombre grueso, de edad mediana y cabellos blancos, penetró en la habitación.

—¡Hola, Baldwin!—su saludo fué cordialísimo—
¡No se acuerda de mí?

Para Keith era tan sorprendente esa aparición como una del otro mundo. ¡El viejo «brigadier» Blythe!

—¡Señor Blythe! Lo que me admira es que se acuerde «usted» de mí... ¡Un reportero de su periódico a quien se vió obligado a despedir por inútil!

—No... —rectificó el «brigadier», sonriendo—
Por tener demasiada imaginación. Y le hice un favor, muchacho... Encontró usted su camino...

Algunas veces Keith no sabía si considerarlo un favor. La inesperada visita del «brigadier», cuando ya creía enterrada aquella parte de su vida, despertaba recuerdos y memorias de sus días de reportajes no del todo ingratas a su corazón; la vida febril, intensa, los momentos de emoción, el orgullo de las primicias...

—He leído todos sus libros—continuó el brigadier—
—Me agradaron mucho. También hubiera deseado asistir a su conferencia de hoy; pero no hice a tiempo... Dígame, muchacho, ¿está ocupado actualmente?

—No, señor... Pasado mañana quedaré libre de mis compromisos aquí.

—¡Magnífico! —había verdadera alegría en la exclamación del «brigadier». —Le invito entonces a pasar una temporada con nosotros. Mi esposa y mi hija estarán encantadas de conocerlo... Además quiero consultar algo con usted; he estado planeando mis vacaciones, un año de descanso que deseo aprovechar visitando lugares pintorescos, donde no encuentre turistas molestos. ¿Podría usted ayudarme a confeccionar el itinerario que debo seguir?

Keith no podía imaginar nada que le agradara más.
—Sí, señor Blythe... y encantado.

—Nosotros partimos hoy para nuestra casa de campo en los Berkshires... Usted nos sigue pasado mañana... ¿Arreglado? ¡Bien!

Y el «brigadier» desapareció con un alegre saludo.

o o o

Desde un punto de vista artístico, la mansión del «brigadier» Blythe era un ideal de bellezas naturales. Situada en las afueras del pueblecito de Stanbury, al final de un camino curvado que se extendía en pendiente por avenidas bordeadas de pinos nevados, era



una amplia casa de piedra desde la que se dominaba el valle cubierto de nieve y se distinguían con perfecta claridad los Berkshires, cuyos picos formaban una línea quebrada contra el cielo de luminosa claridad. El «brigadier» recibió a Keith Baldwin afablemente, escoltándolo al living-room, donde un alegre fuego chisporroteaba en la chimenea. Allí lo presentó a su esposa. La señora de Blythe sorprendió a Keith. Por un momento tuvo la idea descabellada de que la había visto hacía muy poco tiempo. Era rubia, de ojos azules—noruega, probablemente—y su sonrisa era un poema de belleza.

—Karen ha salido con los skis... Lo siento mucho...

—¿Karen? No la conocía... ¿Skis? La palabra traía desagradables recuerdos...

—Skis... Se pasa la vida en esos famosos skis... —rezongó el «brigadier». —Dejemos a Karen y cuénteme algo suyo, muchacho...

—Pero... es que tal vez el deporte agrade al señor Baldwin—interpuso la señora Blythe sonriendo—
Yo misma me he criado en skis y los amo...

—Como amas todos los deportes del hielo... —se quejó el esposo. —Tú, lo mismo que Karen... Entre las dos necesito algún apoyo moral, Baldwin, porque cada vez que veo un ski, un tobogán o un patín pienso si he hecho ya el testamento...

Oír esto y experimentar repentino alivio fué todo para Keith... Alivio... hasta que la puerta se abrió, dando paso a una joven alta, esbelta, de cabellos rubios cenicientos, seguida por un muchacho de atlética apostura.

—Karen... Hugo... Les presento al señor Keith Baldwin...

Keith volvióse para saludar a la hija del «brigadier» y sus ojos tropezaron con los otros, azules como «fjords» noruegos...

—Siento no haber estado para recibirlo... —sonrió la joven. —He asistido a su conferencia en el Club Brintmore...

No tenía necesidad de recordar el episodio a Keith. No era probable que éste olvidase fácilmente a la joven rubia de la primera fila.

—¿Cómo está usted?—saludó, y dió gracias de haber podido formular el vulgar saludo.

—Recuerdo su nombre y también dónde lo he visto la última vez—terció Hugo Regis, el acompañante de Karen, mirando a Keith con atención. —Fué en el «Palace», de Saint Moritz, hace un mes... Usted se hallaba allí con su señora madre, ¿verdad?

—Estaba en el «Palace»; pero no con mi madre. La señora Donelson, con quien solía hablar, era una amiga.

—¡Oh! No sabía... No fui presentado a esa señora...

Bien; no había razón alguna para ello. Hugo Regis había sido, con seguridad, uno de esos jóvenes ávidos de aire y libertad, que sólo paraban en el hotel para dormir. La señora Donelson no hubiera descendido hacia él... Pero había ciertamente descendido, y considerándolo un honor, hacia Keith Baldwin, buscando su compañía ansiosamente...

—Keith discutirá mapas e itinerarios conmigo... —dijo el «brigadier». —No trates de ponerle skis, Karen...

—¡Pero, papá!... Al señor Baldwin le agradan los skis... —protestó Karen con expresión inocente. —Es un veterano de Saint Moritz, Chamonix, Davos y Grindelwald...

Keith decidió tomar el toro por las astas.

—He estado en esos lugares; pero los deportes invernales no me seducen.

—Después de las nieves eternas del Continente, usted encontrará nuestros Berkshites juego de niños; pero tenemos aquí varios declives famosos en América, para skis.

Keith miró a Karen desconfiado. ¿Era posible que desease humillarlo obligándolo a admitir su total ignorancia? Sus ojos tan azules brillaban claros y cándidos en los suyos. Le pareció de pronto que debía hablar... y lo detuvo una inexplicable y repentina vergüenza. Ya había sufrido demasiado su amor propio. En cierto modo, no podía imaginar nada mejor que mantener su prestigio frente a esta criatura tan hermosa... y tan perversa. Era un sentimiento nuevo, latente, punzante, que Keith no había experimentado jamás. —Consiento... en cualquier cosa... —dijo.

—Desearía que alguna vez llegase alguien a quien no gustaran los skis —dijo el «brigadier» quejoso.

o o o

La presentación de Keith al Club de Stanbury se realizó a la mañana siguiente—una mañana de invierno fría, seca, con un sol pálido que arrancaba de la nieve reflejos cegadores. —Un servidor lo proveyó de «breeches» y un sweater; en otro momento se encontró participando de una turba de entusiastas deportistas.

Karen lo esperaba frente al edificio del club, junto a Hugo Regis. —Así es que pasaba el tiempo en St. Moritz hablando con la señora Donelson... —murmuró casi para sí misma. Pero Hugo alcanzó a oír sus palabras. —Nada menos. Es fácil ver que es el mimado de las damas...

Leves arrugas contrajeron la frente de Karen. Ella había sospechado que el conocimiento de Keith Baldwin acerca de deportes invernales estaba confinado a las frases coloridas, pero aunque confirmada ya la sospecha, algo se negaba en ella a verlo como el «mimado» de las damas... Keith Baldwin era uno de esos muchachos de personalidad atrayente por quien su naturaleza primitiva tenía poco respeto, pero... Karen reconocía que en su mirada firme no había debilidad.

—Bien... ¿Y qué sucede ahora? —inquirió Hugo al verla tan silenciosa. —¿Tendremos esa lección de principiante o no?

Los ojos azules de Karen brillaron augurando cosas poco gratas para Keith. —Veremos si el alumno se encuentra dispuesto... —En este momento apareció Keith. Si experimentaba temor, ni un músculo de su cara lo denunciaba. Aceptó la presencia de Hugo Regis como algo ineludible. Si bien el atlético joven era la sombra de Karen, no sería él el que lo criticara por su buen gusto... Karen hizo traer un par de skis de su cabaña.

—Pruébelos... —invitó a Keith. Este observó los



skis, como podría hacer un soldado con las avanzadas enemigas. Después deslizó el pie tímidamente por la plancha de metal.

—No los confunda con un par de zapatos, señor Baldwin... —la voz divertida de Karen se dejó oír. —Colóquelos en posición vertical y observe si puede tocar el extremo con los dedos...

—¡Oh! —hizo Keith. Si Karen no hubiese sabido demasiado bien que Keith no entendía nada de skis, tan sólo al ser testigo de sus esfuerzos para colocárselos habría sido suficiente. Otra vez apareció en sus ojos la mirada divertida, burlona... Keith se ajustó por fin las correas tomando los palos. —Ya estoy listo...

—Entonces iremos en pareja... —Con una sonrisa Karen impulsó su cuerpo hacia adelante; Hugo Regis de dos saltos estuvo a su lado y Keith se balanceó con peligro para su estabilidad procurando en vano ir en «pareja» con la joven. Para su alivio, pronto comprobó que ayudado por los palos lograba moverse bastante bien. En la orilla de un declive se detuvo Karen, volviendo el rostro hacia él. —Aquí no hay montículos ni obstáculos. Déjese llevar en carrera libre, pero... —con una suave sonrisa—no trate de hacer el «telemark» porque se encontraría patinando de cabeza...

—Le prometo no intentar el «telemark»... —dijo Keith, para quien ni el nombre tenía significado. Por un momento sus miradas se cruzaron. —Tal vez... —pensó Keith esperanzado—tal vez me dirá ahora lo que es un «telemark». ¿O no le importará verme patinando de cabeza?

Aparentemente así era, porque Karen, sin hablar, se dió a sí misma un vigoroso empujón desapareciendo del declive abajo. Con un mudo ruego a la Providencia, Keith respiró muy hondo y se arrojó tras ella al vacío, confiando el resto a la ley de gravedad. La velocidad del descenso aumentaba por momentos de una manera alarmante; Keith tuvo conciencia de ser una partícula ínfima arrojada desde lo alto con un ski que iba hacia la derecha mientras el otro mostraba una perversa tendencia a desviarse hacia la izquierda... Antes de llegar dió dos perfectas vueltas sobre sí mismo con los dos skis convertidos en nudo gordiano; trabó íntimo conocimiento con un montón de nieve... y al fin reposó sobre su estómago, en posición perfectamente horizontal.

Se levantó a tiempo para ver a Karen dando unas vueltas caprichosas en torno, sin esfuerzo aparente, segura de sí misma, serena, indiferente, una verdadera «mujer de nieve». Hugo Regis demostraba su pericia en peligrosos zig-zags... Ante esta demostración Keith sintió renacer su energía; se puso de pie con tan mala suerte que el ski izquierdo cruzó el derecho, yendo a dar otra vez cara al suelo.

El ensayo siguiente tuvo más éxito; consiguió mantenerse en equilibrio hasta la cima de la colina. Una vez allí bajó... entre una nube de nieve, haciendo sobre la espalda la mayor parte del descenso hasta concluir en el suelo—una lastimosa figura magullada y dolorida.

Karen se acercó con una sonrisa: —¿Qué tal? ¿Le gusta?

—Muchísimo—aseguró hablando fuerte. —Este es el rey de los deportes, sin lugar a dudas...

—Lo mismo opino yo... Venga, ahora. He abierto el sitio ideal para practicar su «telemark»... —¿Cómo!... ¿no había concluido todavía su sea? ¡Otra vez el dichoso «telemark»!... ¿Qué eso? Porque la palabra sugería de todo un poco y en particular. Esperó cortésmente a que la señora Blythe pasara primero. Nada como la caballerosidad referente a un «telemark»... Karen sugirió que tieran juntos. Lo hicieron, esto es, hasta que el brazo de Keith para mirar a la chica y mantenerse en equilibrio al mismo tiempo, terminó en un movimiento acrobacia con las piernas enredadas y los skis en la cabeza.

Keith perdió la cuenta de las veces que caía. Descubrió que poseía un músculo extra cuya existencia desconocía: el músculo a lo largo de la pierna. Lo descubrió a causa del dolor que le producía, no fué sino hasta la noche cuando sintió su cuerpo convertido en músculos, todos ellos doloridos... hora Karen no estaba en skis, sino circulando entre los invitados, hermosísima en un traje de terciopelo blanco que hacía pensar en la nieve iluminada por la luna... Pero entonces él debía atender la palabra del «Brigadier»... Karen apareció en la biblioteca durante la discusión. —¿Vamos todos al club a jugar? ¿Quiere usted ser de la partida, señor Baldwin?

¿Que si quería? ¿Tener una oportunidad cuando ven cuando no estaba en los infernales skis? Con entusiasmo, Keith olvidó sus músculos doloridos, pero le fué imposible olvidar al «Brigadier», el «Brigadier» entusiasmado como una criatura de los planes de vacaciones. —Gracias lo mismo—cada palabra era un sacrificio—, pero su papá y yo estamos muy ocupados con el itinerario... —Karen saltó y fué y Keith volvió al «Brigadier» en esperanza de que la oportunidad cruzara otra vez su camino.

o o o

A la mañana siguiente—después de una noche entre pesadillas donde la medida de sus skis superaba la de las montañas—Keith Baldwin fué despertado por Rigg, el mayordomo de los Blythe. —La señorita Blythe pregunta si el señor desea acompañarla...

¡Su oportunidad! Seguramente ella deseaba ir al pueblo... Un paseo por esos caminos nevados... ¡Qué delicia! —Comunique a la señorita que está encantado.

—Bien, señor... Entonces ordenaré que prepare el caballo inmediatamente.

—¿El caballo? ¿Qué caballo?—interrogó Keith sorprendido.

—¿No conoce el señor ese nuevo deporte que tiene las ventajas del ski y el polo? Pues para practicar es imprescindible el caballo...

En la mesa del desayuno Karen lo recibió mirándolo y sonriente. —¿De manera que se siente con valor para acompañarme?...

—Donde quiera que usted vaya, yo iré—dijo Keith galante y asustado. Después se fortificó con un copioso desayuno para asegurarse que tendría la suficiente fuerza para seguir a la «mujer de nieve» que quiera que fuese.

Cuando volvieron de la excursión el pobre Keith era una masa de nervios torturada, músculos dolidos...

chichones y otros males menores, mientras conservaba tan fresca y descansada como al

centavo de mis ahorros en un viaje por la América del Sur, después de haber sido despedido... y cómo traté

o o o
lizar la semana, la señorita Blythe era una ocupada y confundida. De acuerdo a la razón, Keith Baldwin debía haberse declarado desde tiempo atrás... Pero lejos de ello, fiel falderillo, la seguía a través de las ex- más difíciles, y aunque al final de ellas el podía tenerse en pie, su afirmación era siem- ma: —Este deporte es colosal.

Regis no estaba conforme. —Oye, Karen... dicho. —¿Por qué pierdes el tiempo con ese te? No parece natural que te agrade ser la todas las carreras para mantenerte a tono con

dad, a Karen jamás le había agradado ser la cualquier manifestación del deporte... Pero, consigo misma en sus reflexiones, debió ad- nada le importaba ahora. Por alguna razón a, el contemplar al amable Keith marchando a través de torbellinos, tomando la delantera los expertos, cayendo y volviéndose a levantar, la nieve de su rostro con gestos infantiles, interesante que el ganar tontas carreras.

pués de todo Keith Baldwin es mi huésped... dicho, aunque sabía que ninguna conside- de esa clase tenía importancia para ella.

z lo que quieras. —Hugo Regis estaba eno- Ya te veo en un futuro escuchando embobada ferencias...

n se sintió furiosa, con una cólera absurda, ton- nién era Hugo Regis después de todo para ha- de Keith? Esa tarde se llegó a la habitación de re.

e doy mi palabra, mamá, de que ese hombre es dente...

Hablas de Keith? —La señora Blythe elevó sus ojos. —¿Y por qué lo calificas de sorprendente?

arruga de preocupación marcó la frente tersa ren. —Cuando lo conocí en el salón de confe- me resultó antipático; siempre he desconfiado hombres demasiado hermosos. Al oírlo en su ción mi antipatía se acentuó; poseía una de esas suaves, convincentes, odiosas para mi gusto...

Sin embargo, tu padre está encantado con el mu- y él no es de los que comulgan con ciertas

ren pasó sus esbeltos dedos entre los espesos cabe- Parecía no haber oído a su madre. —Pensé, sin r a equivocarme, que era uno de esos jovencitos istadores, afectados, inútiles... Por eso decidí lo en ridículo, humillarlo hasta que se fuera co- por la vergüenza... Y ahora la que se aver- za soy yo. El ha soportado sin quejarse todas las bas... —una leve sonrisa contrajo los labios de oven. —Te aseguro, mamá, que si Keith tuviera moneda por cada golpe, llevaría consigo el te- de la nación... Es valiente...

os pensamientos de Keith al aproximarse el fin u estado con los Blythe eran de todo menos ro- Dos días más y debía partir; dos días más y despídiera de Karen, tal vez para siempre. La que- . La quería por bella, pero más aún la quería que ella animaba el espíritu de la vida y la aven- a. No le sirvió para sentirse aliviado el verla apa- r a la hora de la cena con un vestido verde que

ía de ella un ser de ensueño. Después se encontra- solos en la terraza, ante un mundo frío, ilumi- do por el disco pálido de la luna.

—Me será profundamente doloroso el abandonar ta casa... —la voz de Keith era suave, se diría que blaba para sí.

—Puede dar una conferencia... —replicó Karen y e ella se hubiera dicho que se esforzaba por hablar on ligereza. —O escribir un libro «Senderos de Aven- aras en los Berkshires»... Aun sin saber mucho del ema, le bastará con derramar miel en su voz para te- er al auditorio pendiente de sus palabras.



Keith había sufrido muchos golpes en los últimos días, pero esto era como caer de cabeza desde la mon- taña más alta.

—¡Karen! ¿Es esa la opinión que usted tiene de mí? Yo admito que trato por todos los medios de complacer al auditorio... —continuó Keith con un esfuerzo. —En general, son mujeres y parecen gustar de la forma un tanto romántica con que describo mis viajes... Cuando pienso en cómo gasté hasta el último luego de volcar mis impresiones en un libro... la gratitud por los que lo acogieron entusiastas salvándome de una precaria situación me invade haciendo mi ac- titud tal vez un poco exagerada al dirigirme a ellos por intermedio de los que asisten a mis conferencias... Pero todo es verdad cuanto digo y si ha creído usted lo contrario, está equivocada...

—¿También lo de su experiencia en deportes in- vernales era verdad?

—Esa fué una equivocación —admitió Keith— de la que inconscientemente usted tuvo la culpa... Al mirarla me olvidé de todo y hablé, hablé, sin pensar más que en serle agradable... Desde el momento aquel en que la vi sentada en primera fila algo se despertó en mí, en mi corazón, y desde entonces he buscado la oportunidad de decirle...

—¡Oh, Keith, por favor... olvide eso!...

—¿Olvidarlo? ¿Olvidarlo cuando sé que pronto es- tará usted en el Canadá y yo en Bronxville tratando de mantener mi atención en una conferencia? ¡Olvi- darlo! ¡Como si eso fuera posible! No... Escuche, Karen... —Pero Keith no tuvo oportunidad de con- cluir. En ese momento el «Brigadier» apareció en la terraza. —¡No quiero ir a Cattaro, Keith! —procla- mó. —Estoy en Dubronvnik y me gustaría visitar los lagos de la región... ¿Puede alterar el itinerario?

—Este... sí, señor, cómo no... —Y Keith, de- vuelto sin ceremonias a la tierra, fué escoltado hasta la biblioteca para seguir consultando mapas. —¿Qué de- licia consultar mapas!

Todos, hasta el «Brigadier», fueron al día siguiente al Club Stanbury donde se celebraba una especie de carnaval del hielo. Keith permaneció entre los espec- tadores junto a la señora Blythe, que se deshacía en elogios del ski. —Es como un desafío al espacio y no sé de otro deporte que requiera más coraje y ner- vio. Este salto de Stanbury es uno de los más difíciles y mejores de América...

Hugo Regis procuró a los espectadores emociones inolvidables con su demostración maestra del deporte; Karen demostró lo que puede la gracia, la belleza, la agilidad. Tenso su cuerpo al empezar, tenso al con- cluir, cada movimiento de la «mujer de nieve» era un

himno al deporte. Se unió a ellos llevando los skis a la espalda.

Algo—un deslumbramiento—acometió a Keith. —Yo también haré una demostración en el salto de Stanbury... —No supo exactamente cuándo o cómo nació la idea.

—Es una broma, ¿verdad, Keith? —Karen estaba a su lado, pálida, incrédula. —Hugo y yo hemos practicado en los skis desde chicos... Usted apenas una semana... Si el viento lo toma allá arriba... —un estremecimiento de su cuerpo suplió el resto de la frase.

Karen siguió hablando. Dijo tanto y expresivamen- te que al llegar al pie del salto Keith sentía algo raro en la garganta... Pero al hablar lo hizo sin emo- ción. —¿Me presta sus skis?

Resignada Karen lo ayudó. —Por Dios, Keith, cuando se deje caer no mueva los brazos. El cuerpo debe estar inmóvil de la cintura hacia arriba... ¡Oh, por favor, Keith, no vaya!

Y porque era orgulloso y quería elevarse a los ojos de la amada Keith no renunció a su locura, sí, lo comprendió al encontrarse en esos skis que parecían poseer alas... Karen le había dicho que no moviese los brazos, pero él no podía evitarlo... Desesperada- mente procuró endurecer el cuerpo, mantener juntos los skis... Antes de caer, en un terrible golpe, tuvo con- ciencia del rostro de Karen, pálido como el de una muerta, que venía a su encuentro. Después, oscuri- dad...

o o o

El doctor abandonó la mansión de los Blythe des- pués de arreglar a Keith un brazo roto y dos costillas fracturadas. Para el ojo hinchado de su paciente su ciencia era imponente...

—Una bonita figura de romance hará usted mañana en la plataforma de conferencias de Bronxville... —comentó Karen sonriendo un poco temblorosa.

—Si desean saber qué me pasó les diré que me ena- moré de una chica en skis...

—Esa explicación también puedo ofrecerla yo a los curiosos... Porque he de seguirlo a Bronxville para sentarme en la primera fila...

—¡Karen! Pero... pero... ¿no iba a ir al Ca- nadá?

—¡Al diablo con el Canadá! —prorrumpió la «mu- jer de nieve». —Querido... cuanto te vi saltar de aquella plataforma, sentí que todo mi ser saltaba con- tigo... Y yo no digo adiós a un hombre así... Yo lo acepto por esposo... si él quiere dar la oportuni- dad a su dama...



CHOCADIA se apartó de Piculin con las manos en los ojos, el paso lento y la cabeza baja... El niño se acogió al Atalayón, que le apretó entre los brazos en un súbito arranque de ternura. Lejos, detrás

de una loma en la que se enroscaba la vereda, ya comenzaba a perderse la población de la braña, con carros, con ganados, con ajuares...

Chocadia se detuvo, se volvió, y tornó a suplicar al vecindeiro:

—Cúdame'u, Atalatchón...! Jur el amor de Dios que me lu cudies...!

Y tornó Atalayón a responder:

—Mutch, como si fuera fitcho mío...!

Chocadia fué a juntarse a los vaqueiros, casi corriendo, sin volver los ojos, suspirando con ansia a cada paso:

—Ay, Signore de mi vida...!

Y a poco se perdió tras de la loma.

La claridad de la albada se iba desparramando sobre el puerto con tímida lentitud, y en vez de desprenderse de las nubes, semejaba brotar de las cumbres. Las puivículas de escarcha, prendidas de los escajos, sembradas en los roquedos, cuajadas sobre las campas de inalterable verdor, semejaban encenderse con llamaradas de plata bajo las tenuidades de la luz, como si fueran gotas de cristal. Y de campas, y de hondones, y de escarpes, y de cumbres, se alzaba la nubecilla del vahear de la tierra, graciosa como neblina, en girones como el humo, de nácar, como el rayo de luna...

por
**Constantino
CABAL**

El Puerto quedaba solo. La braña de Llamardales ya había sido hacía tiempo abandonada; la braña de la Peral lo había sido mucho antes, en la primera nevada que blanqueara las cimas. El Puerto quedaba solo; ya la crudeza del frío, la amenaza de la nieve y la aspereza del viento, echaban al vaqueiro a toda prisa hacia las brañas del valle. Ya no más algaradas vaqueiriles; ya no más bailes bravíos al son de las enormes castañuelas, de los panderos cuadrados, de la tremenda sartén; ya no más cantos de mozas, agudos como filos de puñal, que se lanzaban al aire como una línea metálica, y se apagaban al pronto como si los cortaran con tijeras...

Ahora, mozas brañeras y vaqueiros fanfarrones, y yeguas de campanillas, y vacas de "tchoqueritus", ahora todos los cantares, y los ruidos, y las voces que llenaban de vida la montaña, en los días de verano, se iban camino abajo hacia Somiedo, para aguardar en el valle los primeros halagos del calor, y regresar de nuevo a las alturas... Ahora, de tanta vida que se va, que se hunde por la cañada, que va a precipitarse en el hocino, sólo llega temblando a Piculin la elegía de una copla que quisiera dormirse en el espacio:

—Las estretchas cuerrin, cuerrin,
yo nua tengo de correr;
donde me coja la noche,
allí tou de amanecere...

Y en seguida un grito:

—Uquéi...!

Todo se va monte abajo, hasta la madre del niño, que nunca se apartara de su vera, que dejaba allí de vecindeiro al lado de Atalayón para cuidar de la braña, y que iba monte abajo suspirando y limpiándose los ojos. Ay, la necesidad, la desventura, el rebojico de pan...! El niño estaba en pie sobre una peña, recogiendo los rumores que se debilitaban poco a poco. Estaba en pie, sin moverse, mirando la lejania ya toda iluminada por el sol. Y ya andaban los vaqueiros por las proximidades de Caunedo, muy en la hondura, muy allá; y ya el puerto empezaba a concentrarse en un silencio absoluto y ya todas las vertientes, las casucas, las veredas tenían ganas de morirse, y aún seguía el niño en su sitio, escuchando, mirando, sollozando...

—Adious...! Adious...!

Atalayón lloraba.

Entraron en el pueblo como sombras, sin que el ruido de sus pasos turbara la quietud que envolvía. Sólo hallaron una voz que sonaba como siempre, con un profundo murmurar tranquilo, con un dulce gemido caricioso, con un hablar sereno y cantarín, que se iba diluyendo entre las guijas a lo largo del regato: la voz del agua, toda blanca cuando se deshojaba entre las piedras, y toda azul transparente cuando bofetaba en el venaje. Durante todo el invierno, iba a ser esta voz, blanda y sumisa, la única que sonara en sus oídos, mientras las masas de nie-

se echaran encima del arroyo y no la hicie-
 callar...!
 Atalayón la entendía, como si fuera el agua
 mujer, y su voz, voz de mujer, Atalayón es-
 acostumbrado a la soledad del Puerto, tan
 tan acendrada, tan llena de vigor y pe-
 También él había sabido en los pri-
 años de su vida del dolor de Piculin, y
 sido vecindeiro cuando aún su corazón
 recibía las caricias de su madre, y había tem-
 de espanto tras de la puerta de un chozo,
 do el alarido penetrante de los lobos y los
 empeñados en abrirla...! El cargo de
 vecindeiro, él lo desempeñaba desde entonces.
 cuando se cansaba de callarse, de recorrer las
 y de fatigar los ojos en los techos de
 que iban sustituyendo a los de "esco-
 marchaba Atalayón al manantial, y se
 a su vera, y platicaba con él... Y era
 si la gracia y la claridad del agua se le
 de pronto en el espíritu, se lo llenaran
 místicas, y le calmaran el tropel de anhelos
 empezaban a hostigarle... Cuando al llegar
 noche tenía que levantarse Atalayón, sa-
 a la fuente con la mano, y mascullaba

Güeno, adious...!

sonreía...

se fué con el niño; allí estuvieron ambos,
 osos, hasta la hora de comer; allí vol-
 de nuevo hasta que comenzaron las ne-
 a subir de los hondones. Y tocaron la
 ana, que desgranó sus sonidos como si fue-
 mentas de rosario, y los hizo rodar de cum-
 cumbre... Y tocaron la campana, y Ata-
 miró al cielo, lo vió de color de plomo, y
 a Piculin y murmuró:

la nueite, Piculin...! Mala nueite, el Si-
 nous ampare...!

que fué mala noche...

noche en que la hondura del espacio, toda
 masaá continuos, cual si bajaran y subieran
 de tinieblas, dejó caer los copos de la nie-
 siniestra multitud; densos, como si fueran
 vez. Todas las rispideces de los montes se
 aron de colgojos. Todas cresterías de los
 se envolvieron en blancura. Y luego, to-
 copios, en remolino, en nube, en armo-
 pétalos y de "leches, se fueron endure-
 sobre caminos y campas, y se fueron
 ando, y se fueron tragando los bardales,
 escaleras de piedra, las paredes de las cho-
 El ímpetu de la nieve cada vez era ma-
 ya los copos no volaban sueltos, sino que
 cían como en chorro. Y ya no rodaban
 sino que descendían con las nubes, que
 azaban aplastar la tierra. Y llegó el viento
 guida, y de cimias, y de escarpes, y de pi-
 de riscos, cogió nieve y formó aludes, y
 bos de "escoba" puntiagudos de las cho-
 lugar, tiritaron bajo el viento, e hicieron
 nieve sobre la que ascendía por las
 ... Así las catorce horas de la noche, cada
 más prisa y con más furia... Y así las
 otro día, y luego las catorce de otra
 ... Y así, cuando llegó el otro amanecer,
 anchura del puerto era una inmensidad
 intacta, sin árboles ni veredas, con sólo
 azazo de unas techos en un remanso es-

esta inmensidad lloraba el agua, pero ya
 oía...

el Piculin la puerta, y halló la nieve
 andola, queriéndola lanzar contra sus pies;
 todo el hueco... El niño se acongo-



jó... Y corrió a despertar a Atalayón, que aún
 dormía en el escaño, cerca del calorillo de las
 ascuas. La cocina, negra de humo, templada du-
 rante el día por la fogata de leña, y a la noche
 por las brasas agazapadas bajo la ceniza, era a
 las veces cocina, comedor y dormitorio. Y Ata-
 layón fué a la puerta, aseguróle al niño la sa-
 lida cuando fuera necesario, y los dos se vol-
 vieron al hogar. Aquello sucedía a cada ins-
 tante en el fragor del invierno, y nunca le qui-
 taba el apetito al vecindeiro forzado, cuajado
 bajo tormentas, aluviones y celliscas...

Se sentó. Díjole al niño:

—Pur eso non te pongas murrinosu, y si tiés
 tcheite, preparala...

Pero no, ya no había leche. El niño se lo dijo
 a media voz, con un temblor de congoja pró-
 ximo a deshacerse y sollozar... Y en seguida
 avivó el fuego, entrególe unas cádavas bien se-
 cas, y se escondió tras el humo. Atalayón lo
 advirtió; oyó un suspiro, y preguntó con pena:

—Pero tú tas chorando, Piculin...?

Y cogió al niño en sus brazos lleno de com-
 pasión y de dulzura. En su primer invierno de
 montaña, cuando cerraba la nieve todos los sen-
 derillos a la luz, también él había llorado en los
 rincones del lar, al verse tan sin amparo en la
 tremenda inmensidad del mundo...! Y apretó
 a Piculin, y le dió fuerza, y le recogió las lá-
 grimas...

—Non tchores, fitcho, non tchores...!

Fitcho...! Hijo...! Y decía el niño:

—Ay, mió madre de mió vida...!

Entonces, levantóse Atalayón, y se envolvió
 en un saco la cabeza. Abrió la puerta con cal-
 ma, hundió una pala en la nieve a la altura de
 sus hombros, abrió un agujero en ella, metió la
 cabeza en él, y arañando la masa con las uñas
 y echando nieve hacia abajo, de pronto, se aso-
 mó a la superficie...

Bajo la claridad turbia e indecisa de un me-
 diodía de invierno, que semejaba un crepúsculo,
 continuaba furioso el temporal. Todo era cerra-
 zón en las montañas, y todo bramár de viento
 y derrumbarse de aludes, y entretejerse de co-

yón vió el paisaje, y vió la campanita del con-
 pos, en la blancura intensa de la nieve. Atala-
 layón vió el paisaje, vió las campanitas del con-
 cejo que asomaba todavía, y el sitio en que con-
 taba el regatillo, que debía abrirse paso a aque-
 llas horas como se lo abriera él... Hizo un es-
 fuerzo, salió, echó a un lado a la nieve que
 impulsara, y se asomó a la abertura:

—Eh, Piculin...!

Y Piculin reía.

—A vere...! Dami el palón, que vou por
 agua a la fonte...!

Y dióle el palón y el cántaro.

Se le enterraban los pies, y los ímpetus del
 frío le traspasaban los músculos... Pero llegó a
 la fuente en línea recta, y púsose a palear, se-
 guro de encontrar en las honduras la vena de
 agua corriente, tan melodiosa y amiga como una
 voz amiga de mujer.

Aun en el hoyo mismo que cavaba se arro-
 jaban los copos en turbión, mayores y más den-
 sos cada instante. E iban las paletadas por el
 aire como montones de espuma, deshaciéndose,
 rompiéndose, y el hoyo se adentraba por la nie-
 ve cada vez con más empuje, en busca de la
 entraña de cristal. Atalayón se limpiaba, se res-
 tregaba las manos, y se quitaba el hielo de los
 ojos; después, se acaloraba en la faena, como
 si fuera el hoyo sepultura de alguna persona
 viva, y como si pusiera en liberarla un arrebató
 de amor. Cuando bajo el palón cedió la nieve,
 que se derritió de pronto, y dejó aparecer la
 vena de agua más caudalosa que nunca, más
 bulliciosa que nunca, más cantarina que nunca,
 Atalayón lanzó un grito que se fundió en los
 frémitos del viento... Y luego, llamó al rapaz:

—Ei, Piculin, Piculin...!

Pero nadie respondió.

Atalayón llenó el cántaro...

Después, con dulcedumbre cariñosa, díjole
 adiós a la fuente, más cantarina que nunca:

—Güeno, adious...!

Y tornó al chozo...

Pero ya la cellisca era tan brava que no le
 dejaba ver. Mientras que se afanaba en su tra-
 bajo, la nieve había borrado muchas puntas de
 las techumbres de "escoba", ya presa sin re-
 medio en los tejidos. Se orientó como pudo Ata-
 layón, y caminó agachado unos momentos, y an-
 duvo en seguida a rastras, buscando su agujero
 de salida con las manos y los pies... Ya co-
 menzaban a helarse las manos y los pies de
 Atalayón, y aún no había descubierto el agu-
 jero, cegado seguramente con los desprendimien-
 tos de sus bordes y la nueva presión de la ne-
 vada. Cavó otra vez... y fué inútil; tornó a
 cavar, y fué en vano... Cuando quiso cavar
 por vez tercera, ya no pudieron sus dedos aga-
 rrotar el palón; cuando quiso buscar una vez
 más, ya no pudieron sus ojos atravesar la cel-
 lisca...

Y tornó a errar en la nieve, cada vez más
 agotado, más vencido, más deshecho, gritando
 cada vez con más angustia:

—Piculin...! Piculin, fitcho del alma...!

A lo lejos, en el hoyo, el agua replicaba amar-
 gamente, con su voz cantarina de mujer:

Adious...! Adious...!

Y un gran silencio, al fin...

Un tesoro en el fondo del mar



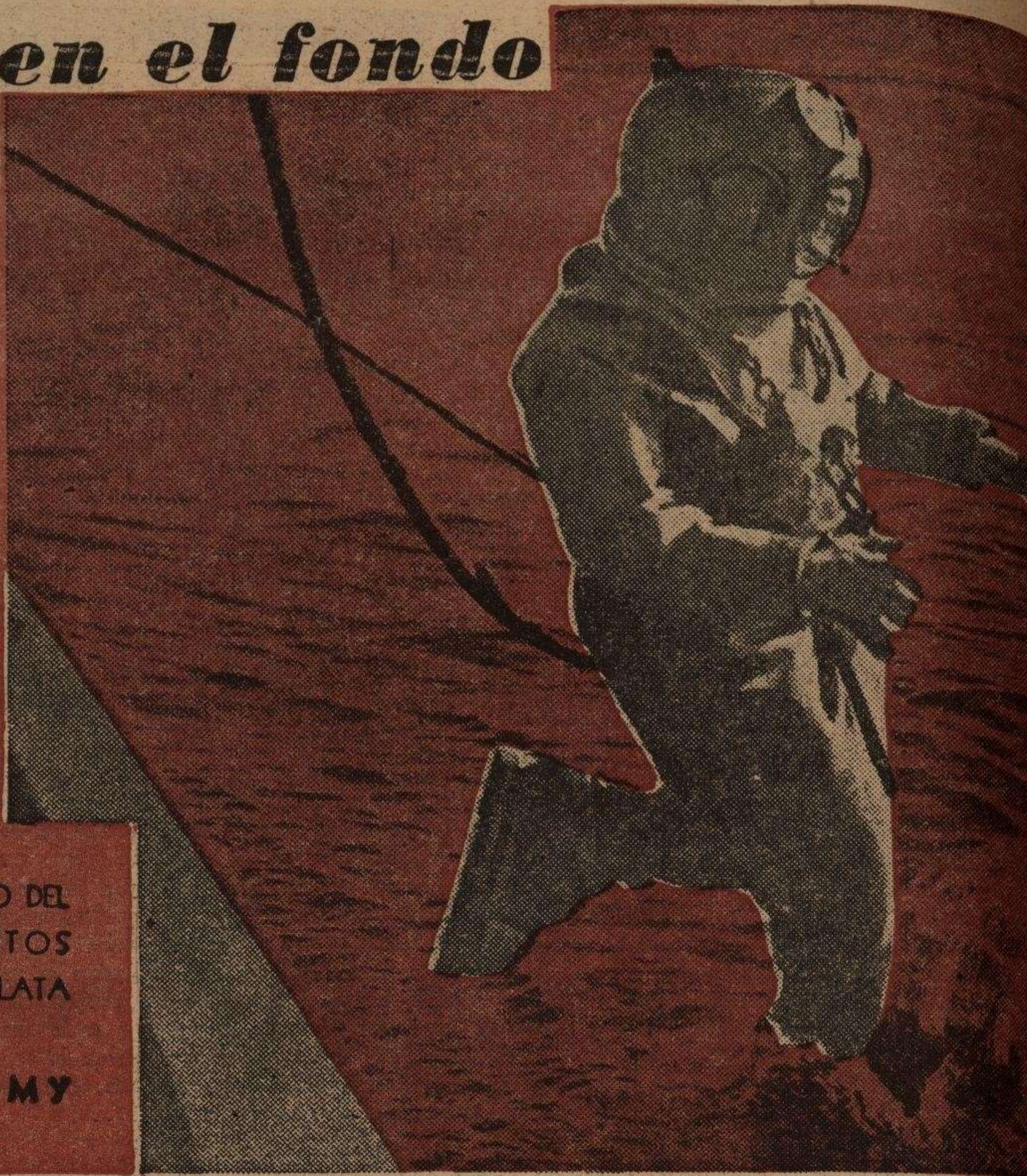
DESDE 1799 REPOSAN EN EL LECHO DEL MAR DEL NORTE DOSCIENTOS MILLONES EN BARRAS DE ORO Y PLATA

Por MAURICIO LAMY



ARRIBA: Un puesto telefónico, mientras se realiza la inmersión.—La torre de acero que sirvió para los trabajos de buceo.

EN el mes de octubre de 1799, La Lutine, antigua fragata francesa adquirida por Inglaterra en 1793, partía de Yarmouth rumbo a Hamburgo. Durante el viaje debía hacer escala en la isla de Texel, a fin de dejar allí la paga de los soldados ingleses acantonados en la isla. El tiempo se mostraba hosco; soplaban un viento fuerte hacia el noroeste que hinchaba el lomo del mar y



Uno de los buzos, lanzándose a la aventura.

retardaba la marcha del navío. El día 9, fecha fijada para la llegada a Texel, aún navegaba la embarcación junto a las costas de Holanda. Apenas llegó la noche, se desencadenó el temporal. La nave se hallaba, a la sazón, en los peligrosos parajes de Terschelling, y el piloto puso todo su empeño en salvarla. Pero la fragata ya no tornó más

De acuerdo con ciertos informes cuidadosamente recogidos en el curso de los años, la tragedia se puede reconstruir así: a merced de la corriente la fragata se vió arrastrada por ésta hacia el «Westergronden» de Terschelling, verdadero infierno del cual, aun con tiempo bueno, los mejores navíos se alejan prudentemente. El mar juega allí furiosamente sobre bancos de arena que disimulan uno o dos metros de agua.

«Cierta mañana —dice el informe oficial— algunos pescadores de la isla de Vlieland recogieron en la playa numerosas maderas y objetos. Como, con el flujo, la mar estaba en calma, partieron de inmediato en sus ligeros veleros. Cuando llegaron al «Westergronden», vieron un barco acostado sobre el banco de arena. El mar parecía haberse encarnizado con él. No se atrevieron, pues, a abordarlo y se contentaron con recoger unos cofres, barriles, etc. De pronto, el casco cedió e impetuosamente el agua lo invadió por la proa. Sólo quedó flotando sobre las aguas una gran caldera, en la que se veían dos cadáveres y un hombre medio enloquecido que hacía ademanes y gestos desesperados.

«Mas, antes de expirar, aquel oficial, único sobreviviente de los 250 hombres que componían la tripulación, confió que La Lutine, nave de guerra,

llevada además de la fuerte suma destinada a pagar de los soldados, más de cien millones de barras de oro y plata, destinados a un comercio en Hamburgo. Un tesoro bajo el mar, al fondo de la isla de Texel, y a pocas millas de Harlingen.

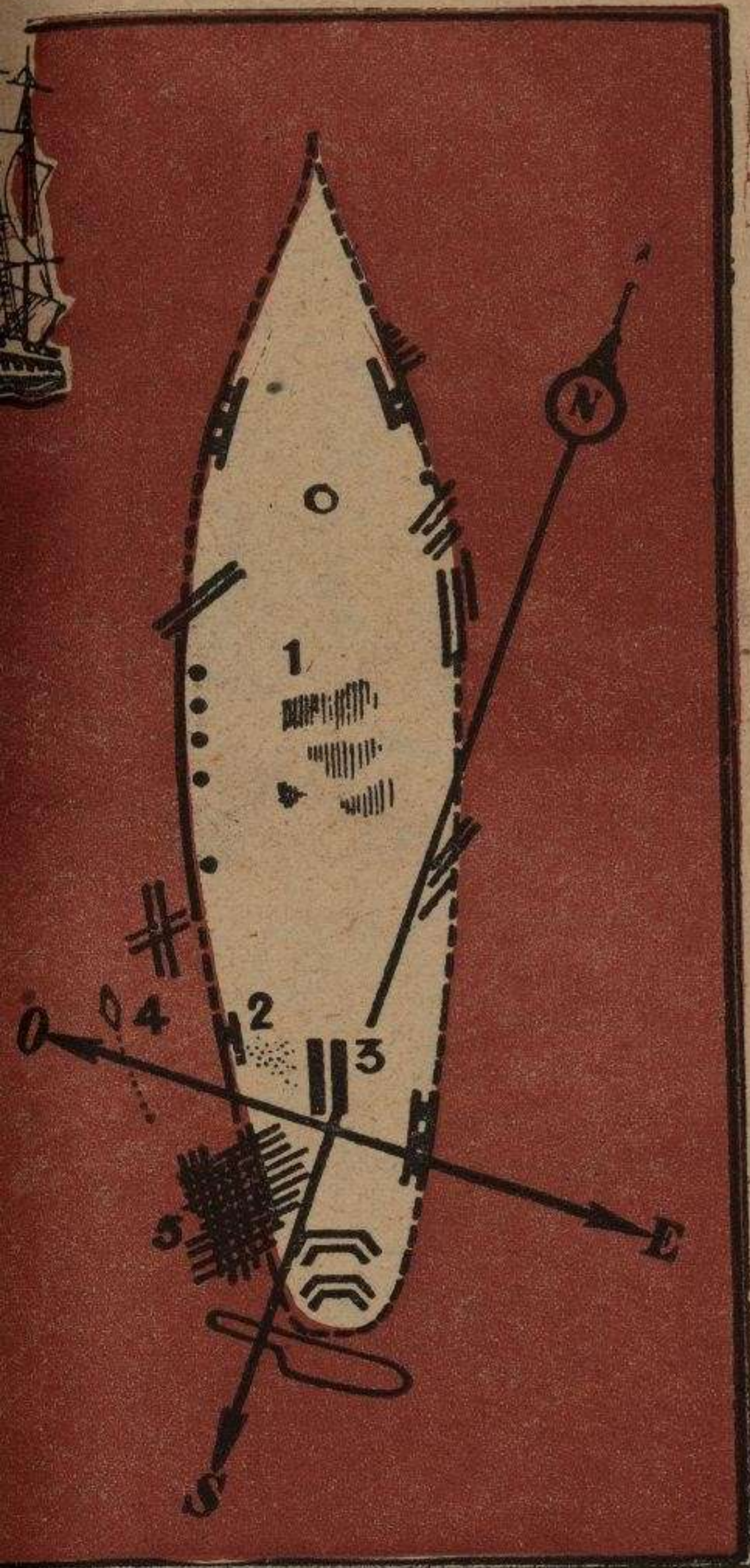
He ahí algo que tienta a todo espíritu aventurero. Nada tiene, pues, de extraño que se llevase a cabo varias tentativas para recuperar el codiciado tesoro. Una de ellas, la más importante por cierto, es la que realizó hace cincuenta años el ingeniero alemán, el doctor Becker, el cual instaló una enorme chimenea en cuyo interior había varias poderosas bombas. Según sus planes, se aplicaría a la torre, aplicada al fondo en forma de vertedero, para succionar la arena por medio de la chimenea, hundiéndose cada vez más hasta alcanzar el casco de la nave hundida. En consecuencia, se menzuraría el trabajo de los buzos. Sin embargo, el mar, implacablemente, arrastró su embarcación y se trató de un simple corcho, y malogró la tentativa. Al año siguiente, el doctor Becker hizo una nueva tentativa, pero tan infructuosa como la primera. Y los financieros que respaldaban la obra consideraban que ya habían perdido el tesoro.

En 1935, a raíz de haberse descubierto fortuitamente en los viejos archivos navales documentos que informaban respecto a la carga que estaba distribuido en La Lutine, el señor Doeksen, empresario de transportes marítimos en Harlingen, decidió reanudar la búsqueda. Al efecto se armaron convenientemente dos barcos, el Volharding y el Texel, y realizó intensos sondeos en torno a la isla de Texel.

En 1935 y 1936 se rescató del mar un

sobre, por cierto: cadenas, balas de cañón, del puente y de los mástiles. Pero el mal evitó una vez más que los intrépidos busigarran sus propósitos. El mar volvió a ar arenas sobre el casco. Pero Doeksen no por ello sus esperanzas. Posteriormente tra renovado afán, se procuró detalles más y ahora tiene más confianza que nunca. sen es el jefe. Alto, seco, rubio, de un tinte transparente, característico de los nór- Es frío, pero cortés.

que hay que vencer —me informa— es la pues ella es, puede decirse, nuestro único o. Este año he reemplazado por dragas las Se trata simplemente de un procedimien- desencalladura más rápido y más poderoso, o hay que olvidár que si el casco está a die- metros bajo el nivel del mar, no hay más o metros de agua y diez de arena a vencer. o de la empresa depende casi exclusivamen-



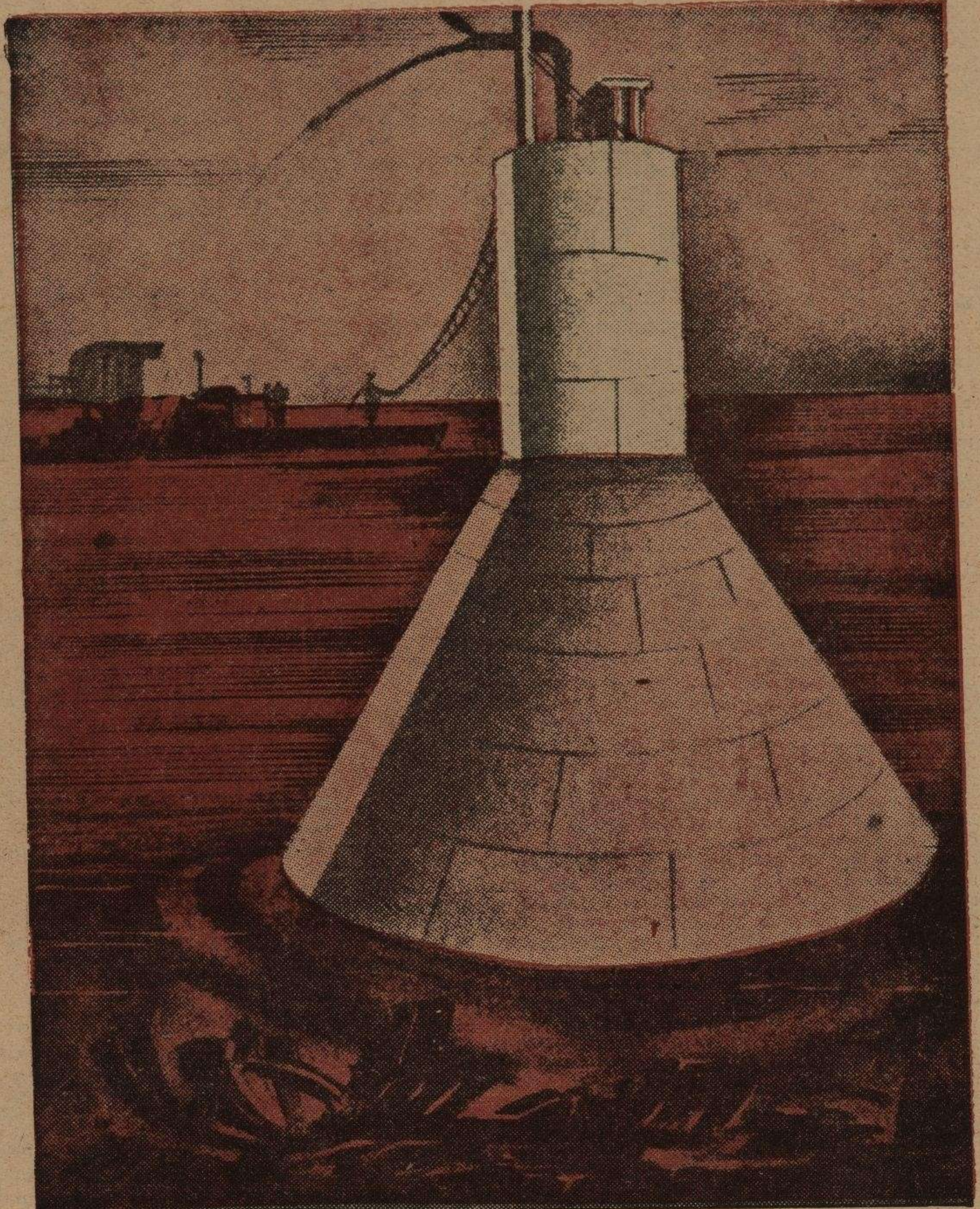
La posición exacta del barco sumergido

la rapidez a emplearse en levantar esta arena cada temporal trae, y que anula en pocas ho- trabajo de una semana. Cuando los vientos, corrientes, la temperatura y la claridad del se presentan favorables, es preciso apurarse. mal tiempo nos gana de mano, tanto peor nosotros; pero volveremos a comenzar tantas como sea necesario, hasta que, finalmente, inaremos por triunfar.

horas de navegación a través de un camino olicado de boyas y de sirgas llevan de Ters- ing hasta el lugar del naufragio. Las boyas eradas indican a flor de agua la posición del o, el banco de arrecifes donde se hundió La e una noche de octubre.

en gran ruido de zuecos, los hombres corren e el puente, se interpelan. Sueltan exclama- es guturales.

en una batahola ensordecedora, las «cucharas» a draga del «Karimata» extraen millares de ones de litros de agua. Todo lo que tiene un año mayor que el de una nuez queda detenido



Para la desarenación de la fragata los ingenieros habían ideado este enorme cilindro,

sobre un tamiz. Pescados raros de mormas curiosas se debaten ahí entre los objetos más heteróclitos,

A intervalos regulares, para apreciar el trabajo efectuado, los buzos son enviados al fondo. Doeksen lo revisa por sí mismo todo, y luego pone en marcha la máquina de aire comprimido. Uno tras otro los dos buzos descienden la escalera y, sin apresurarse, se sumergen. Por unos segundos la vista los sigue a través del agua, luego ésta se cierra sobre sus cabezas, y unos burbujas de aire que ascienden a la superficie marcan el lugar donde desaparecieron. Doeksen se instala ante el teléfono. A cada instante habla a los hombres cuyo descenso sigue. Mientras dura el mismo, no se aparta del aparato. A veces los buzos piden cadenas u otros materiales. Doeksen retransmite brevemente las órdenes. Allá abajo la operación es larga, difícil. Por fin llega la orden de ascensión. El cable se tiende, el motor de la grúa jadea, todo el barco se estremece. El esfuerzo se acentúa. Pa- deciera que se intenta alzar todo el fondo del mar. De pronto la masa cede, y la ascensión comienza. Inclinaos sobre la borda, los marinos escrutan las ondas. ¿Qué secreto revelarán? A dos metros bajo el agua aparece una mancha, que poco a poco va precisándose más; por fin aparecen aparatos a flor de agua, y es sobre el puente una enorme masa de mil doscientos kilos; todo un trozo del puen-

te superior. Enormes clavos de cobre retienen todavía trozos de hojas de cobre de cuyo material estaba recubierta la fragata. Todo el botín lleva la misma marca: una flecha dirigida hacia lo alto, signo particular de La Lutine. En el fondo de la bodega omontona Doeksen cuanto ha recogido del barco naufragado: centenares de balas de cañón, enormes bloques de acero de cien kilos que, colocados en la quilla, debían asegurar la estabilidad de la fragata. Cierta número de éstos habían sido reemplazados por lingotes de oro, y estos lingotes son los que han recuperado los que hurgaron las aguas con anterioridad al año 1859. Todo el botín está allí confundido, pero no se ve la menor traza de oro. Otro día sonreirá más la suerte, afirma con confianza Doeksen. Está seguro de que abajo hay todavía muchos millones. Y opina que así como La Lutine va cediendo poco a poco su madera y su hierro, terminará también por ceder su tesoro. La cuestión, según, él, es armarse de la necesaria paciencia.

Pasarán muchos días, semanas y tal vez meses antes de que esos hombres a los que anima una magnífica esperanza lleguen al término de su búsqueda. ¿Se verá justificada la confianza de su jefe? El porvenir lo dirá.

Porque la arena, la implacable arena, es la mayor enemiga de quienes pretenden arrancar su tesoro al fondo del mar.

COMO un torbellino cuajado de sueños, incómita y delicada, a un tiempo, así se contemplaría en el maravilloso conjunto de su vida y de su obra. Obra y vida que van fluyendo de su ser como dos corrientes henchidas y unánimes, tan sustancialmente parejas, que hay momentos en que no se acierta a distinguir cuál nutre a cuál, pues si en la obra está caliente y verdadero el desaforado espíritu de la novelista, la vida parece arrancada, en infinitos episodios, de la genial producción, convirtiéndose entonces Aurora en una cabal criatura de su fantasía incomparable.

Tenemos en estos momentos ante nuestros ojos a uno de los creadores literarios más jugosos e interesantes de las letras francesas, y aun me atrevería a decir que de la literatura de todos los pueblos.

Jorge Sand, combatida y calumniada como pocas, magnífica y centelleante, desorbitada y pasmosa, como una fuerza de la Naturaleza, escapa a los estrechos juicios de una crítica meticulosa y moralizante. Hay que abrir ante ella—y ella es su vida y su obra en sustancial convivencia de frentes—las anchas puertas de la comprensión, la tolerancia y el amor a lo bello, cualesquiera que sean sus formas y manifestaciones, para que la luz fulgurante de su talento nos deslumbré y arroje, y no se quede, menospreciada y como perdida, en el rigor de un dictamen, tocado de intransigencia y pudibundez.

Sólo así se nos revelará en plenitud de gracia este corazón ardentísimo, esta alma llena de generosidad y encanto, y todo lo que su pluma alumbró cobrará ante nuestra conciencia el prodigioso volumen que le confiere la altísima calidad de su arte.

Nace Jorge Sand en París en 1804. Descendía por línea paterna de Mauricio de Sajonia, hijo natural del rey de Sajonia Augusto II. Al morir su padre en 1808, la muchacha pasa al castillo de Nohaut, en el Berry, donde se educa entre su madre y su abuela. Tiempos felices para la pequeña que vive ahora en íntimo contacto con la Naturaleza, con la campiña y el bosque, el río y la montaña. Corre, trisca, se encarama a los árboles; se hunde como un pez en la corriente espumosa de las aguas; grita, canta, se fatiga... Y la miel y el pan moreno, cuando no el tibio regalo de la leche, bebida a plena ubre, son manjares de gloria en el suave atardecer de los días juveniles.

Tállase en aquellos años, en la carne tierna de Aurora, la templada y originalísima criatura que había de ser ya toda su vida. Habla y acciona como un chicuelo, es sencilla, intrépida, generosa; inventa fábulas para divertir a sus camaradas de correrías, y de vez en cuando, en la alta noche, se embebe en la contemplación de los cielos, buscando estrellas lejanas, a su parecer, no descubiertas ni admiradas por nadie...

Con todas estas cosas, su educación y enseñanza dejaban mucho que desear. Y advirtiéndolo así su abuela, decide enviarla a un convento de París, donde permanece hasta 1820. La alondra, hecha a los ámbitos infinitos, se asfixia y entristece entre los cuatro muros de aquella silenciosa morada. Se inquieta, patatea, llora; mas sensible a todo influjo espiritual, acaba siendo ganada por el misticismo del convento hasta el punto de que piensa consagrarse a Dios. Alarmada la anciana Dupin por el repetido cambio de su nieta, se la lleva de nuevo a Nohaut, donde reanuda Aurora su brava vida de antes.

Ahora es la equitación y la caza las que ocupan sus horas. Y alternando con el cinegético ejercicio, lee omnívoramente cuanto está al alcance de su mano. Chateaubriand y Rousseau hieren profundamente la imaginación de la doncella, sobre todo el último, en cuyos libros parece encontrar su camino de Damasco.

Ha muerto su abuela. La compañía de su madre, triste y áspera, la exaspera lo que no es decible. Para librarse de semejante martirio, acepta el requerimiento amoroso del barón Dudevant, militar retirado, dedicado al cultivo de sus fincas. Nueve años vive unida en matrimonio a este hombre del que tuvo dos hijos, Mauricio y Solance. Incompatibilidades de carácter ponen amistoso fin al connubio. Y Aurora se traslada a París con su hija, dejando al pequeño al cuidado del padre. Esto acaecía en 1831, cuando sobre los hombros de Jorge Sand no pesan más que veintisiete años escasos.

Lucha amarga y difícil la que se abre ahora ante ella para ganar el pan de cada día. Se entrega a humildes oficios, tales como pintar petacas y tabaqueras, hacer bordados, acompañar a tal



Dos apuntes de Jorge Sand. Arriba: ya en sus últimos años; abajo: en sus primeros años de escritor.

Por Pedro Massa

cuál dama, sirviéndola de lectora, etc. Pero su aspiración más ardiente es escribir, hacer de sus sueños tema y contenido de literarias imaginaciones. Y a este fin, visita a Balzac en solicitud de apoyo. Balzac no adivina al escritor que tiene ante él. Le aconseja que siga otros derroteros. Iguales palabras escucha de labios de Kératri. «¿Estarán en lo cierto estos hombres?»—se pregunta Aurora, en el frío zaquizamí que le sirve de albergue. Y un punto de desesperanza se asoma a la pupila animosa. Pero ve a su lado el cuerpecillo de su pequeña, y las energías se le acrecen, y vuelve a su propósito con redoblado aliento. Por fin, Delantouche, el director del «Figaro», le ofrece las columnas de su periódico donde la incipiente escritora no hace un debut muy brillante que digamos. Convencida de que sólo no lograría, de momento, ningún éxito positivo, aceptó colaborar con Julio Sandeau, firmando la labor común con el pseudónimo de «Julio Sand». Así nació su primera novela «Rosa y Blanca». Cuando unos meses después trazó ella sola «Indiana», el editor le aconsejó que no variase completamente el pseudónimo, sino que se limitara a cambiar el nombre de Julio por el de Jorge. De esta manera se insertó en la literatura francesa el eufónico mote que tanta gloria había de conquistar en el futuro.

Un prestigio súbito y luminoso circunda el nombre de Jorge Sand con la aparición de su novela «Indiana». París entero se rindió al encanto del libro admirable. Harto el espíritu fran-

cés de la novela histórica, ampulosa y boba, y del humorismo realista de un P. Koch, todos vieron en la nueva obra sugerencias desconocidas hasta allí. «Se juzga en ella—apunta un crítico—la arrebatada de Juan Jacobo, la pintoresca delicadeza de Pierre y la fogosa grandiosidad de Chateaubriand en una viva pintura de la sociedad y su modo de ser en aquella época».

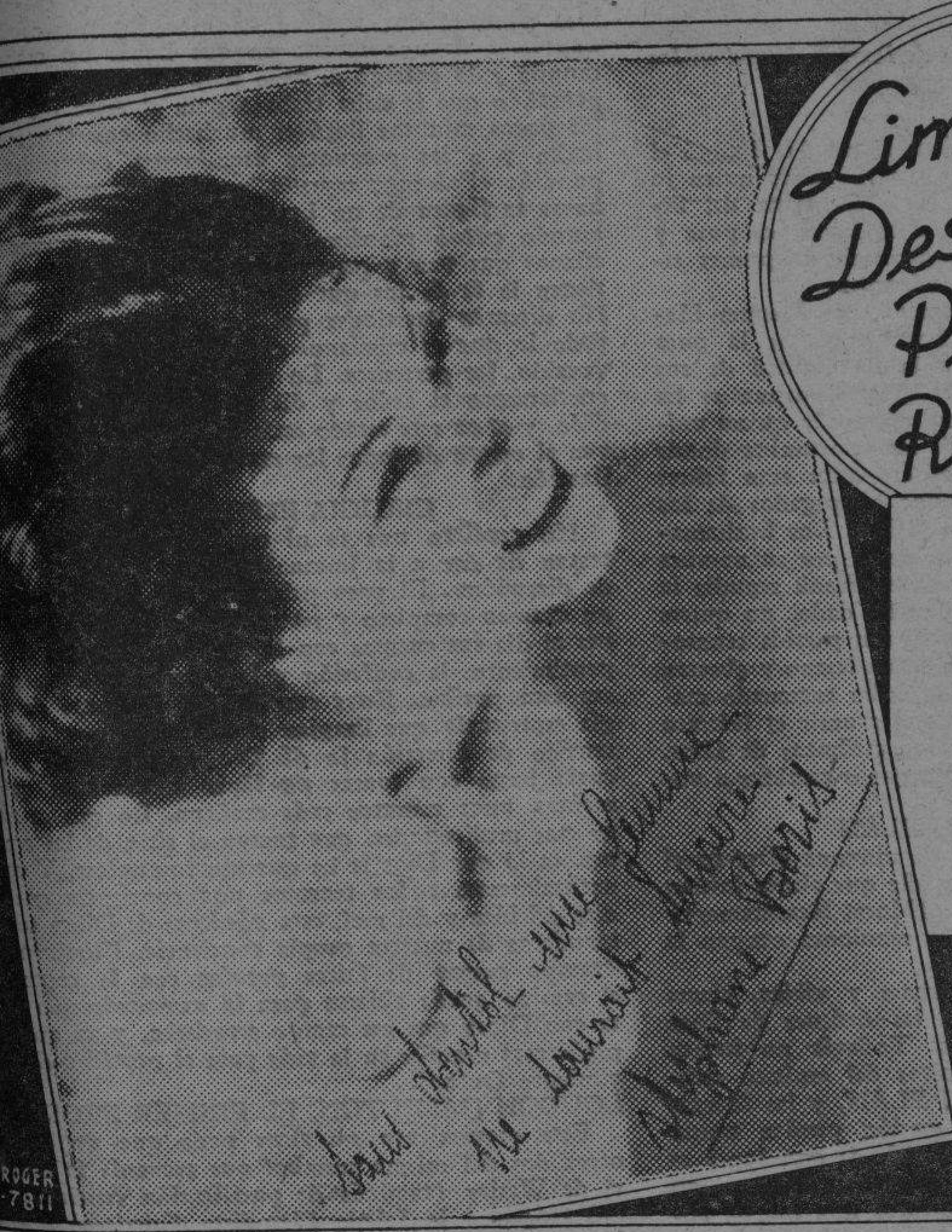
Consecuencia de este gran suceso es el radical que se opera en la vida de la novelista humilde y silenciosa hasta entonces y aventurera y turbulenta, tocada de todo de excentricidades. Adoptó el traje de hombre que mil veces visitara en Nohaut para sus siones y cacerías—, envolvió su romántica con los humos del cigarrillo, se tocó con un brero de alta copa, se echó encima un gilet grueso, y con su bastoncillo y botas de montar fué figura de escándalo en el París rigerado de su tiempo, que veía en ella un tipo «gamin», genial e insolente, merecedor de todas las reprimendas.

Comienza, a partir de este momento, la teoría de sus amores, reales unos e inventados otros por la vileza y la calumnia que no desahoga en su tarea de cubrir de lodo el claro y apasionado y altivo. Algunos de estos amores pertenecen a la historia literaria por la influencia que ejercieron sobre la inteligencia de Jorge Sand: Merimé, Liszt, Musset, Pedro Leroux, Chateaubriand. Al detalle puede seguirse en la obra de

el influjo que dejaron en su vida estos
a los que amó con ternura inefable, sin
delectación de la libidines de que ha-
injuriosos y enemigos.
éndose a este tan discutido punto de
peramento amoroso, escribe doña Emilia
Bazán: «Los que se la representan como
ecie de Safo delirante y rugiente, la en-
tan mal como aquellos pacíficos naturales
ees que se la figuraban vestida de pan-
colorados y con un par de pistolas al cin-
misma nos dice: «Yo no soy más que una
mujer, a quien se han atribuido ferocidades
cter enteramente fantásticas».
ilio Zola, en el acabado estudio que hace
afirma en redondo: «Nunca toleré en su
ia conversaciones escabrosas. Reíase como
legiala de ciertas bromas ingenuas que son
cijo de las tertulias; pero las obscenidades
gnaban, y las más ligeras alusiones escan-
la ponían grave y en enojo».
an de la pluma infatigable obras y más
«Lelia», «Valentina», «Ella y El» (relato
oso de su viaje a Italia con Alfredo de Mu-
Jacques» «Leone Leoni» «Consuelo» «Creencia
» (estas dos últimas inspiradas por Chopin,
delicada salud cuidó más de seis años y
acompañó casi moribundo a pasar un in-
en Mallorca), y tantas y tantas más cuya
ración resultaría hartó prolija.
advenir la República de 1848, Jorge Sand
de unos meses su labor literaria y se entre-
n lírico arrebatado, a cantar la gloria y la
nza del nuevo régimen. Poco le dura el no-
nesí. Las sangrientas jornadas de junio, sus
zas y depredaciones la llenan de pavor y
ntimiento, y decide alejarse de toda lucha
a y recluirse para siempre en Nohaut, a dar
y pacífico curso a su verdadera vocación de
ora de ensueños donde el amor y la Na-
za se fundan en estrechísimo abrazo para
e y edificación de las almas...
e Jorge Sand cuarenta y cinco años cuan-
bosques, poblados de lianas, de su Berry na-
acogen de nuevo en un remanso de tranqui-
elísea. Ha cesado la injuria de clavarle sus
s y una luz de beatitud envuelve ahora su
rez fecunda. Comienza en este punto el que
ramos llamar el tercer periodo de su pro-
ón. Nacen sus novelas campesinas. Claras,
parentes, colmadas de bondad, sin la viru-
de la prédica política ni el desapoderado
so de los corazones inflamados de amor.

Alguien ha dicho que en estas novelas «La sosita»,
«Francisco de Champi», «La charca del diablo»,
etcétera, está lo mejor y más genuino del espíritu
de la gran escritora. Su estilo es puro, ingenuo,
de una belleza límpida y natural. La urdimbre
de sus fábulas es dulce y tierna. Dijérase que,
arrepentida de sus pasados atrevimientos, busca
ahora en la entraña viva de su ser ese fondo in-
sobornable de inocencia que vive en nosotros, a
despecho de todas las audacias y rebeldías ima-
ginables.
Alterna sus horas de trabajo con el cuidado
de la educación de sus hijos, y más tarde de sus
nietas Aurora y Gabriela. Ha levantado un tea-
trillo de marionetas con el que divierte a los niños
del lugar, que la adoran. Por las tarde, así que el
sol declina, da de comer a las aves de su co-
rral, y luego, a la sombra de un roble que se le-
vanta a la puerta de su castillo, hace calcetas,
como la más humilde mujeruca del contorno, y
cuando le hablan, sonríe sileneiosa y no profiere
sino la palabra justa y comedida.
Y así murió una mañana de junio de 1876,
cuando los mirlos enloquecían de luz en las ver-
dísimas florestas, y el agua batía ruidosa en los
arcaduces que rodeaban su heredad.
¿Cómo era Jorge Sand en lo físico? Zola, que
la visitó repetidas veces en su retiro, nos dice
que era ancha de hombros, de cabeza enérgi-
ca y algo prolongada, de amplitud de rasgos y
con magníficos ojos que le prestaban un carácter
de belleza enérgica y tranquila. Los cabellos, pe-
gados a la frente en forma de cocas espesas, acre-
centaban aquella expresión de paz soberanía en las
audacias del pensamiento.
Tenemos ahora mismo ante nosotros un her-
moso retrato de sus últimos años. Su rostro ha
perdido, naturalmente, la graciosa petulancia de
su juventud. Una sonrisa, dulce y amarga, a un
tiempo, pugna por entreabrir sus abultados labios.
Sus ojos se pierden en un lejano mirar, y la sen-
cillez de su traje de lana da a toda su figura
un aire amoroso de maternidad perenne.
Se ha discutido mucho la femineidad de esta
mujer. Su prosa ardiente, la crudeza de sus te-
mas, su intervención en las revueltas políticas de
1848, todo contribuye a presentárnosla con un
relieve varonil, sin la delicadeza y blandura, ca-
racterísticas de la mujer. Nada más lejos de la
realidad que esta maliciosa creencia. Si el don
más específicamente femenino—como dice la Par-
do Bazán—es sufrir las influencias ajenas, reco-
ger, como una epidermis, las benéficas acciones,

y también las infecciones del ambiente exterior,
esta cualidad está patente en Jorge Sand, como
en pocas mujeres, ya que su espíritu es como un
límpido espejo de aumento donde las imágenes
se presentan más refulgentes.
Zola, discurriendo también sobre este particu-
lar, nos habla de aquella multitud de manías pú-
dicas que le acometieron en la ancianidad, efecto
de las cuales no consentía que nadie, sino ella,
arreglase su ropa interior encerrándose bajo llave
para el más insignificante acto de su tocado.
Durante la enfermedad íntima que la condujo al
sepulcro, veíanse muy apurados los médicos para
que permitiese las auscultaciones indispensables,
y necesitaban emplear toda clase de perífrases y
eufemismos para preguntarle sin ofenderla. (Dí-
gase si en todos estos rasgos y delicadezas no
se echa de ver bien a las claras un espíritu pro-
fundamente mujeril).
Respecto al fondo de sus primeras novelas, ta-
chadas de inmorales y perturbadoras, conviene
no olvidar el estado de espíritu de su autora cuan-
do las forja y las especialísimas condiciones del
medio ambiente en que ven la luz. Jorge Sand
acaba de escapar al martirio de un esposo tiránico
y grosero. Siente un sed inextinguible de libertad
y goces de amor. Embriagada por su nueva vida,
en un París que hace de ella su ídolo, se explica
fácilmente que se revoliera airada contra el ma-
trimonio en el que no halló otra cosa que intem-
perancia y tedio, brutalidad y torpeza. Ella se pre-
cipita en el torbellino de la pasión sin límite,
avara del bien que nunca tuvo. «Hay que ideal-
zar el amor—escribe la gran apasionada—y pres-
tarle sin recelo todas las energías de que seamos
capaces. No vacilemos en atribuirle una impor-
tancia excepcional en la vida, porque fuera del
amor no hay nada».
Pero es curioso: esta mujer que alza tan alta
voz de su delirio erótico, es fama que busca en sus
elegidos el deliquio espiritual y nunca el desen-
freno de la materia.
Mejor que en las anteriores líneas se retrató en
estas otras, de una rara penetración: «Soy de
naturaleza poética, no legisladora. Se me puede
emplear en todo, persuadiéndome antes, mandán-
dome después. Aceptaré todo lo que esté bien. Pí-
dame mi hacienda y mi vida, pero déjese a mi
pobre espíritu entregarse a los silfos y a las ninfas
de la poesía»...
Esto fué Jorge Sand sobre todas las cosas:
un alma esencialmente lírica que busca en la li-
bertad y el amor el puro destello de lo sobre-
natural e inefable.



Limpia
Desinfecta
Perfuma
Refresca



Dentol

Representantes exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

TUBO MEDIANO
20¢
TUBO GRANDE
40¢

Una cofradía del SIGLO I lanza su campaña de rearme moral en los E.U.



El Dr. Frank Buchman, líder del Movimiento Oxford, que este mes lanzó su campaña de Rearme Moral en los Estados Unidos.

Il A noche del 14 de mayo el famoso Madison Square Garden resplandeció de amor. Este circo máximo de las jornadas del boxeo, de las asambleas comunistas insultadas por fascistas y nazistas, perturbadas por comunistas, teatro siempre de contiendas y conflictos ofreció a Nueva York la primera jornada de los Cruzados del Siglo XX. Y así llegó a la metrópoli babilónica el Movimiento Oxford campeón del Rearme Moral, solución única para los problemas que afligen a la humanidad.

MILLONES EN 50 NACIONES

Esta asamblea fué precedida por centenares de «tertulias» en casas particulares donde los iniciados habían «trabajado» a los posibles prosélitos a su manera suave y amable, porque con el Movimiento Oxford nadie pretende «empujar a nadie por el camino del arrepentimiento». Simplemente se le muestra la ruta y, al decir de los nuevos predicadores, pocos son los que dejan de seguirla. En estas reuniones sociales se hace lo que en todas, se juega bridge o tennis, se come y se baila, se hace música y se conversa. De cuando en cuando las palabras sacramentales caen en la conversación: «la nueva vida», «Dios tiene su plan», «sólo hay que dejarse guiar por Dios», «unos cuantos minutos de quietud y Dios le hablará a usted», «pureza y honestidad absolutas», «abnegación y fe», «cuando el hombre escucha Dios habla».

Al principio pueden ser acogidas con sonrisas, luego se discuten, finalmente se adoptan y un nuevo «grupo» ha entrado a la grey de millones que ya cubren a más de 50 naciones. Así se va realizando aquella revelación divina que el doctor Frank Buchman recibió un día que paseaba por los patios de la Universidad de Oxford pensando en la manera de aliviar los quebrantos de la sociedad humana en nuestros días.

LA REVELACION

Súbitamente pensó: «Un hombre cambia, luego dos, después cuatro, ocho. Cambia un millón, cambia toda una nación, cambia el mundo. Hace de eso sólo 18 años y «Frank», como lo llaman sus prosélitos, na-

cido en los Estados Unidos, tiene ahora 61. Fundó el grupo en Oxford pero él dice que fué Dios quien lo fundó. Lo llamó «Una Cofradía Cristiana del Siglo I» y sostiene que lo que ellos hacen es pura y simplemente «practicar» el cristianismo de primer siglo de nuestra era «en trajes modernos».

Sin llegar a la crítica fundamental de Jacques Maritain, otro creyente en que basta resucitar la pura práctica cristiana para librar a la humanidad de sus males, «Frank parece creer que el cristianismo se ha anquilosado por el exceso de teologismos y quiere volverlo a su sencillez y fervor de las catacumbas donde el odio estaba desplazado y los creyentes eran felices en comunicación directa con Dios, despegados de los bienes terrenales y hermanos en Cristo. Los buchamanistas se llaman todos entre ellos de tú por su nombre y se confían mutuamente sus culpas. Frank repudia la nombradía de «apóstol» que se le ha dado, no quiere ser siquiera el jefe; sólo por excepción preside reuniones, generalmente se sienta en un sillón lejano y observa cómo los hombres y mujeres que él ha entrenado manejan a la muchedumbre. Cree que asumir el liderazgo de este movimiento es usurpar los atributos de Dios. El sólo es el líder y El puede otorgar o cambiar a voluntad el liderazgo en esta tierra.

DIOS TIENE SU PLAN

No hay ritos ni vestimentas de ninguna clase en el Movimiento Oxford; en la campaña que ahora inician usan, eso sí, las iniciales MRA (Moral Rearmament) que toman el sitio que en otras reuniones ocupan la swastika o la hoz y el martillo.

«Patrones y empleados, jóvenes y viejos, clama Buchman, trabajemos unidos a las órdenes de Dios para reconstruir a las naciones. Todavía no hemos sabido captar los recursos infinitos del espíritu creador de Dios. DIOS TIENE SU PLAN, y las fuerzas morales y espirituales de una nación pueden unirse para descubrir ese plan... La crisis de esta época es moral; no puede haber resurgimiento económico si no hay resurgimiento moral. Imaginemos una ola de absoluta honradez y absoluto altruismo que barra al país.

El resurgimiento moral no crea crisis, sino que crea fuerza y unidad. Necesitamos de un poder suficientemente fuerte para que cambie a la naturaleza humana y construya puentes entre el hombre y el hombre entre facciones y facciones. Esto comienza cuando cada uno admite sus propias faltas en vez de señalar a los demás».

Esas últimas palabras del maestro apuntan a una de las más curiosas características de este movimiento: una de las que le han atraído más agrios ataques hasta el extremo de que un psicólogo americano dijo recientemente que había un fondo de perversión en ese confesar de pecados en público.

CONTRICION Y REPARACION

En verdad el primer paso del convertido ha de ser ese arrepentimiento de faltas pasadas que ha de confesar a algún amigo; luego viene la reparación. Ha poco un banquero de Nueva York recibió una carta de un empleado que había despedido por insolente en que, seis años pasados, le dice desde Londres que ha abrazado el movimiento Oxford y le pide perdón. Su vida es ahora pura y «absolutamente honesta».

Un cajero de una gran firma noruega confiesa que había estafado 25.000 dólares a su compañía, lo que nadie había advertido. Un propietario en Dinamarca baja a un tercio los alquileres a sus arrendatarios y pide perdón por haberles estado cobrando más de lo que «era justo». Un ricacho inglés envía al gobierno 500 mil libras que había dejado de pagar por impuestos de renta mediante subterfugios legales. Una mecanógrafa se presenta a su jefe para que la perdone por haber estado «robándole horas de trabajos». Los operarios de una fábrica en Inglaterra confiesan a su patrón que han estado haciéndole una «huelga de brazos caídos». Un patrón aumenta al doble el salario de sus obreros así que «ve la luz de la nueva fe». Son maridos que confiesan sus infidelidades, mujeres que corren como nuevas Magdalenas a hacer actos públicos de expiación.

CRISTIANISMO DINAMICO

«Lo que estos cristianos tienen de realmente nuevo», escribe Emily Blair, es que en el hecho practican el «cristianismo». Un gran escritor americano que asistió a una asamblea buchmanista en Washington exclamó: «Yo no sé qué es esto, pero sé que es impresionante» y que esa gente tiene algo que uno desearía tener». Un periodista inglés, Grath Lean, escribe: «Es una revolución que aspira a cambiar al mundo cambiando los nombres y mujeres que lo habitan».

El fundador, Buchman, había ilustrado este propósito con su ya famosa anécdota al abrir un Congreso Internacional del Grupo Oxford en Ginebra, en los mismos días en que se reunía la Liga para ocuparse de la conquista de Abisinia. Un padre leía los diarios una tarde de domingo continuamente molesto por su hijo pequeño que venía a hacerle preguntas. Arrastrando una hoja de una revista en que había un mapa del mundo y lo entregó al niño para que lo reconstruyera pensando que le daba trabajo para el resto del día. Los pocos minutos llegó el muchacho con el mapa hecho y a las preguntas asombradas del padre respondió: «Fué muy sencillo, papá, en la parte de arriba había la figura de un hombre, rehice al hombre y el mundo quedó rehecho». Así creen estos nuevos cristianos que van a regenerar el mundo. Sus equipos tienen la fe de los que seguían a Cristo por Galilea. No discuten cuestiones políticas, sociales o religiosas, todo lo que es cristiano, en el significado amplio del vocablo, les pertenece. Lo que desean es devolverle al cristianismo el ardor y dinamismo que creen ha perdido, y es en este estado estático del cristianismo donde ven el origen de todos los males que aquejan a la civilización.

CIRUGIA ESPIRITUAL

No predicán una fe ni un evangelio, simplemente tratan de dar a la humanidad «un sentido cristiano de dirección». El paso primario, eso sí, tiene que ser un examen completo y retrospectivo de conciencia, poner al día sus cuentas con Dios. Después viene el arrepentimiento, la confesión y la reparación hasta donde sea esta posible. Estas son las «operaciones de cirugía espiritual» que limpian el alma del convertido. El sentido de dirección lo dá Dios directamente a cada cual: basta con tomar un lápiz y «meditar quiénes» unos minutos cada mañana. Lo que se aprende en esas meditaciones, que toman el sitio de las oraciones, es lo que Dios le ha querido comunicar. Y como naturalmente, todos tenemos una conciencia que dice del bien y del mal, esas «órdenes de Dios» son mandatos de nuestra propia conciencia. Eliminando el «campo sucio» de faltas pasadas con la contrición el camino queda abierto para la «comunicación directa con Dios» que ese campo estorbaba, y ya no hay problemas morales en la vida para el prosélito del Movimiento Oxford.

LOUDON HAMILTON, EL PRIMER PROSELITO

Este movimiento no tiene nada que ver con los otros dos del mismo nombre que recuerda la historia del de Wesley (también de purificación cristiana) el dió origen a la Iglesia Metodista Cristiana, y el de Newman que llevó a su creador al Cardenalato.

ROVER Cleveland Bergdoll, el desertor más notorio de los Estados Unidos, ha vuelto a la patria por la que no quiso pelear en 1917, decidido—o resig-

chacerle frente a la música». Por lo pronto le supone cinco años de prisión en Castle la prisión militar de Fort Jay en Governors Island, una isla situada en la bahía de New York que mira hacia la Estatua de la Libertad.

Los cinco años de encarcelamiento representan la pena que las autoridades militares lo condenaron por haber evadido el servicio militar obligatorio selectivo, en su tierra cuando el Congreso de los Estados Unidos declaró el Cuerpo con autoridad suficiente para declarar la guerra rompió la precaria paz en que había estado desde 1914 con la Alemania del Kaiser. Pero se espera que juzgarlo por su comportamiento posando siendo prisionero de las autoridades en un intento de escapar de sus guardianes cuando se le había permitido «para ir a desenterrar un tesoro» y huyó a Alemania, patria de sus mayores.

El desertor más peligroso de su tiempo ha vuelto a la patria arrepentido, reconociendo todos sus yerros y errores, según dice ahora, de las inexperiencias de su juventud impetuosa. En unas declaraciones públicas bajo la supervisión de su abogado el consentimiento de la Superioridad militar Bergdoll canta las excelencias de las instituciones norteamericanas, por cuyo disfrute—de su esposa e hijos—ha venido a entregarse a cumplir la pena que le exige la ley. No está en duda, ya que aunque dicha ciudadanía corresponde por nacimiento, el Departamento de Trabajo que rige la notoria Miss Frances Perkins cree que la ha perdido. A su debido tiempo los tribunales federales serán los encargados de determinar si Grover Cleveland Bergdoll puede continuar en la patria en que nació y a la que ha ofrecido ahora sus servicios en materia de aviación e ingeniería, o que volver, deportado, a la patria de su elección, Alemania en que residiera durante los últimos cinco años.

Bergdoll era uno de los cuatro hijos del fallecido John Bergdoll, millonario cervecero de Filadelfia. Cuando tenía 16 años era una especie de terremoto para los que se habían hecho ni las disciplinas ni las reglas a esa edad la emprendió a golpes con un pariente de la autoridad que habían llamado a su nombre con la pretensión de detener a uno de sus hermanos acusado de conducir su automóvil a velocidad excesiva. La Universidad de Pennsylvania no lograron sacar a Bergdoll, determinando expulsarlo. De ese modo el muchacho pudo dedicarse a sus anchas a correr y a practicar la aviación «amateur». Bajo ese aspecto Bergdoll suponía una amenaza para la familia, ya que se dedicaba a asustar a las gentes con sus vuelos y simulando ir a chocar contra las casas. En una ocasión se le detuvo y se le puso en libertad con una fianza de mil dólares, por haber dado a un posadero una tunda, pero nunca se le sometió a un juicio. Y cuando murió su padre en 1915, sus hermanos trataron de declararlo «incompetente», como medio de evitar que continuara tirando a manos llenas la fortuna del viejo.



Grover Cleveland Bergdoll, el desertor más famoso de los Estados Unidos, es detenido el 25 de mayo mientras el trasatlántico alemán «Bremen» se hallaba en cuarentena, por las autoridades militares que lo condujeron en un remolcador a la prisión militar de Governors Island. A la derecha su esposa y su hijo Edwin, en el «ferry» que los conducía a la mencionada isla militar, tras de haberlo esperado inútilmente en el muelle.

El desertor más famoso de los E.U.

Al iniciarse la Gran Guerra, en 1914, Bergdoll ofreció sus servicios como aviador al gobierno alemán, siendo su ofrecimiento rechazado por tratarse de un ciudadano norteamericano. Pero cuando en 1917 entraron los Estados Unidos en la guerra, no solamente no se sintió el joven de 24 años con deseos de pelear, sino que al tener que presentarse en la oficina de reclutamiento correspondiente, desapareció de Filadelfia el 13 de agosto de ese año.

Aunque las autoridades buscaron a Bergdoll por toda la nación quiere que la otra cambie, pero todos esperan que sea el otro el que comience. La respuesta a todos los quebrantos del mundo está en que cada uno «empiece la cura por sí mismo». «Dios tiene un plan para cada hombre y cada hombre puede conocer el plan de Dios, y una vez que lo conoce pasa a ser parte del instrumento con que Dios va a realizar este plan en este mundo».

«La respuesta a los que incendian Iglesias, está en poner fuego en la Iglesia»; fuego de fe y de acción y de práctica cristiana. Cardenales y Obispos católicos, el Arzobispo de Canterbury, el Primado de Iglesia de Dinamarca, prelados de todos los credos se han afiliado en el Movimiento de Oxford. Porque lo estiman una fuerza espiritual que reanima el fervor de sus propios creyentes dentro de cada Iglesia. Ni siquiera Hitler se ha atrevido contra este movimiento. Y Buchman no ataca a Hitler ni a gobierno, ni a teoría política alguna que no sea el comunismo. Porque él no sabe si estará en el Plan de Dios valerse de algunos de estos líderes para realizar su misión salvadora. Espera que todo líder tarde o temprano tendrá que «sucumbir al llamado de Dios».

das partes, no fué hasta enero de 1920, es decir, más de un año de haberse terminado la guerra, cuando lograron detenerlo, escondido en su «castillo» de los suburbios de Wynnefield debajo de un sofá. Se le condujo a la misma prisión donde se encuentra actualmente y se le sometió a un Consejo de Guerra que lo juzgó como desertor el 30 de mayo, condenándolo a cinco años de prisión.

Se le debía haber trasladado a Fort Leavenworth a cumplir la sentencia, pero con un pretexto u otro se le retuvo en Nueva York. Entonces, a solicitud de su abogado Clarence Giboney, intervino en su caso el juez W. Westcott, abogado de New Jersey que había nominado a Woodrow Wilson para presidente, como miembro de su delegación en la Convención democrática, en 1912 y 1916. Westcott era amigo íntimo del Secretario de la Guerra Newton D. Baker, y a él le escribió diciéndole «estar muy interesado» en el caso Bergdoll.

Acompañado de Westcott, Giboney fué a ver al general Ansell, a quien aseguró que el desertor tenía una fortuna de 150.000 dólares en oro enterrada en una montaña de Maryland. Le pedía autorización para que, acompañado por él y custodiado por una escolta, se le permitiera al prisionero ir a desenterrarlo, pues temía que alguien lo descubriera. Se le concedió la licencia y todos salieron para Maryland por la ruta de Filadelfia. En la morada de los Bergdoll se detuvo la comitiva a gozar de las excelencias de una cena opípara y de licores ricos y espirituosos. Y cuando los escoltas vinieron a darse cuenta, tanto el abogado como el desertor habían desaparecido. Posteriormente se supo que se habían dirigido al Canadá, donde tomaron el vapor que los condujo a Europa.

LA VUELTA AL

MUNDO del BUEN HUMOR



PETICION DE MANO

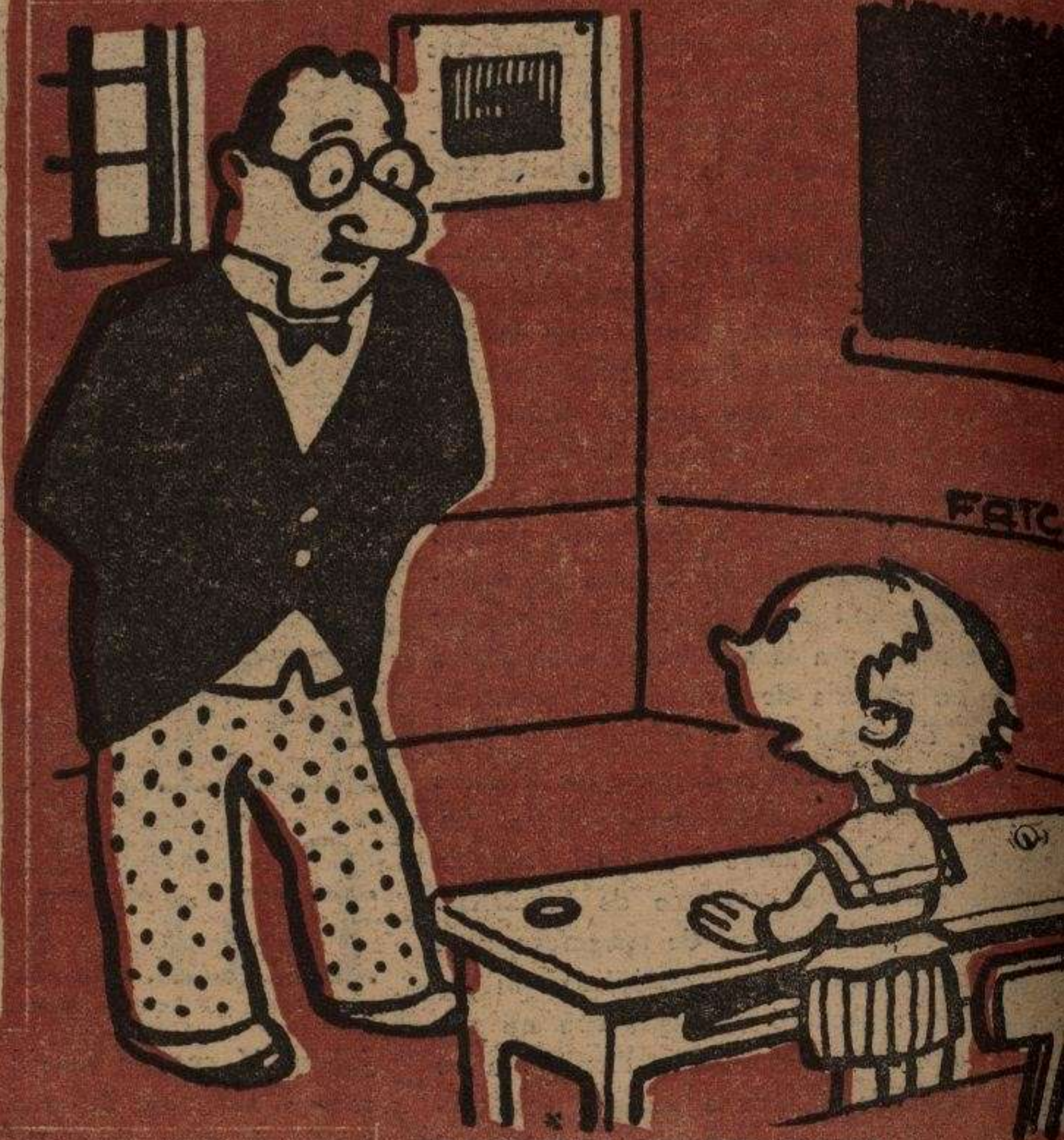
—Bien: le concedo mi mano... Pero le advierto que soy una mujer con un pasado... — (De Picture-Post, Londres)

**EL
NUEVO
RICO**

—Tiene usted un reloj loco!

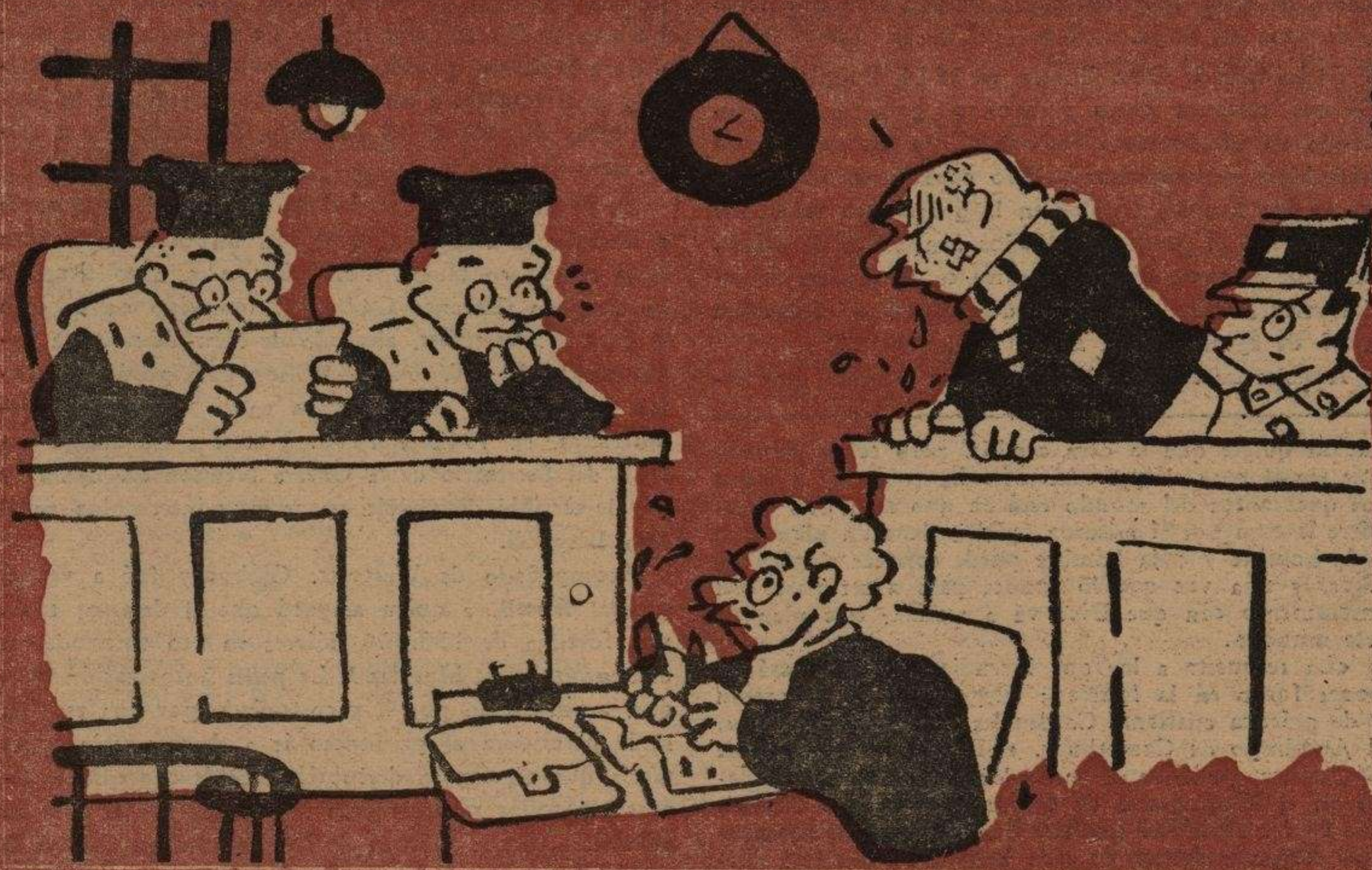
—Nada de eso: mis medios me permiten poner a mis relojes una aguja por cada hora.

(Regard, París)



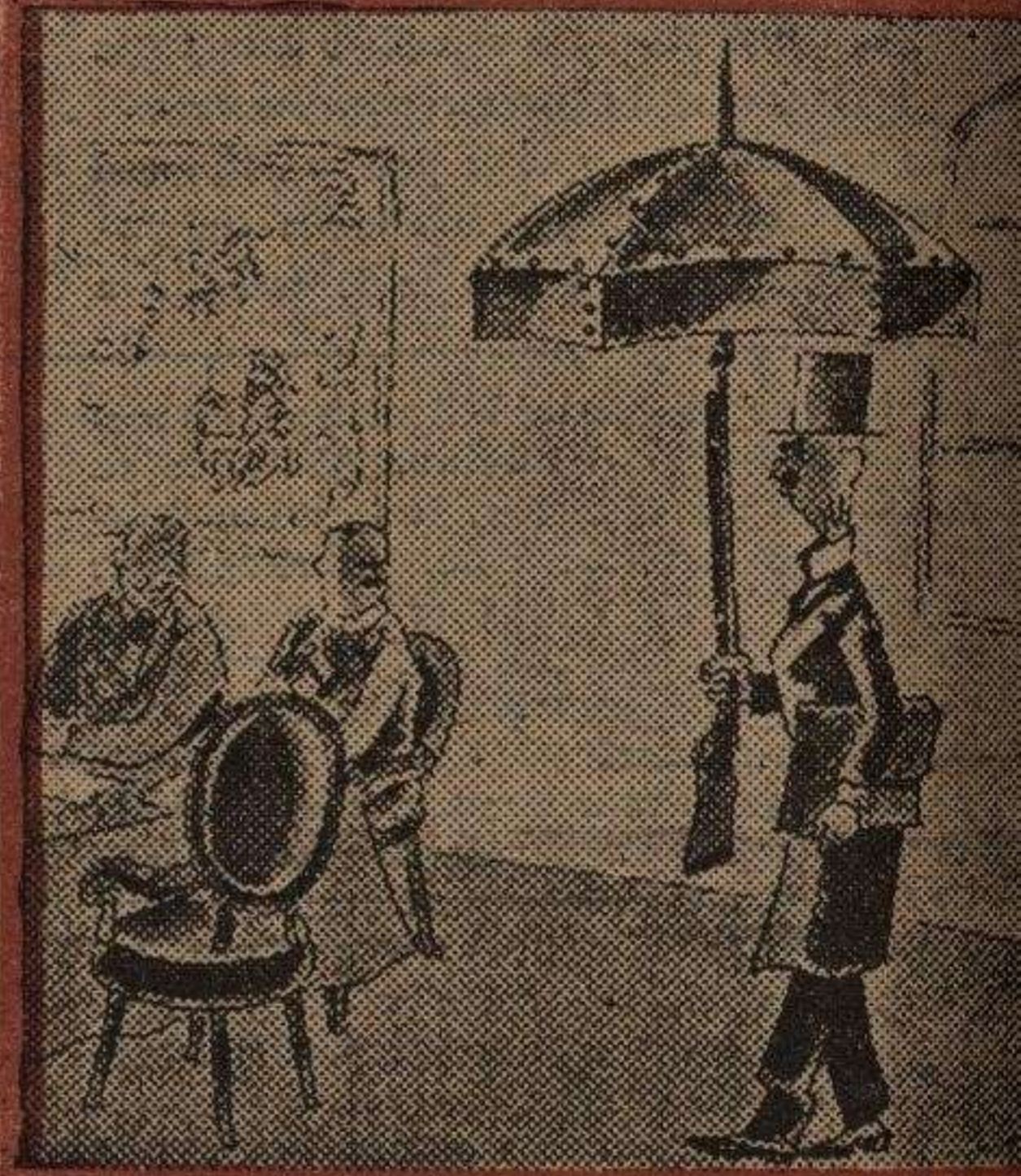
PROBLEMA DE CONSUMO

—Veamos: tu padre tiene en la bodega un tonel de vino de 60 litros. Cada día baja por medio litro. ¿En cuánto tiempo se vaciará el tonel?
—Oh, yo conozco bien a papá: en 15 días. — (Il 45, Florencia)



EN EL JUZGADO

—Ha sido usted condenado 16 veces por robo.
—Cierto, señor juez. Es que se me volvió una manía. ¡Pero ahora!... ahora soy cleptómano. — (De Mucianne, París)



NOTAS SOCIALES

Se dice que Mr. Chamberlain va a paraguas. — (Marianne, París)